

HAS CUBIERTO

MI DESNUDEZ

Anne Lécu

COLECCIÓN
ESPIRITUALIDAD
narcea



Anne Lécu

HAS CUBIERTO MI DESNUDEZ

NARCEA, S.A. DE EDICIONES



Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, con los que hicieron cuatro lotes, un lote para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo. Por eso se dijeron: «No la rompamos; sino echemos a suertes a ver a quién le toca». Para que se cumpliera la Escritura: Se han repartido mis vestidos, han echado a suertes mi túnica. Y esto es lo que hicieron los soldados.

Jn 19,23-24

ÍNDICE

Introducción

1. AL PRINCIPIO

Vivir en Dios

Bendición

«Entonces se abrieron sus ojos»

2. «ME ENTRÓ MIEDO PORQUE ESTABA DESNUDO Y ME ESCONDÍ»

¿Desnudo o desnudado?

Vergüenza

Vergüenza y pudor

Vergüenza y conocimiento del bien y del mal: un pecado del espíritu

3. LAS TÚNICAS DE PIEL

Adán

Rebeca y Jacob

La morada de Dios

Elías

Juan el Bautista

4. ¿CUBRIR O DESCUBRIR?

Noé

Palabras hebreas para decir misericordia y perdón

El significado del secreto: cubrir

5. PERSONAJES AL DESNUDO

Moisés

David: «Danzo por el Señor»
La novia del Cantar
La desnudez de Job
El joven desnudo y revestido de Marcos
Pedro se viste para zambullirse

6. LAS TÚNICAS PRECIOSAS

José
El Sumo Sacerdote y sus vestiduras
Tamar
La ropa rasgada
El Padre pródigo

7. REVESTIDOS DE CRISTO

La túnica sin costuras de Cristo
Estar preparado para la boda
Esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son?
«Estáis revestidos de Cristo»

8. Las s obras de misericordia

La discreción
El desapego de las obras
La alegría

Para no concluir

Colección Espiritualidad

Créditos

INTRODUCCIÓN

A la hora de su muerte, Cristo deja una túnica a los que están junto a la cruz. Su túnica. Y echada a suertes, le toca a uno de los soldados. Él nos la deja. Es para cada uno de nosotros. Pues lo que quiere es que seamos revestidos de su vida, cubiertos, protegidos por Él.

La túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo.

En ese momento tan trágico, las consideraciones técnicas sobre la costura, que nos narran no solo que la túnica de Cristo estaba tejida «de una pieza» sino que además «estaba tejida desde arriba abajo», nos dejan perplejos. ¿Para qué tanto detalle? Sin embargo, esta perplejidad puede ser también el punto de partida de una búsqueda. ¿Cuál es el sentido de esta túnica? ¿Tiene algo que decirnos? ¿Habría un hilo del que tirar que atravesase toda la Biblia y que, a través de él, recibamos una enseñanza?

En otras ocasiones he pensado que la túnica sin costuras es una metáfora del fondo de nuestro ser sin costuras, no tocado por la corrupción, por la culpa, nunca destruido por nuestros fracasos, siempre intacto, a imagen y semejanza del Creador, sea lo que sea lo que hayamos hecho. Esta túnica, dejada por el Hijo de Dios a la hora de su muerte, podría cubrir lo que, en nuestras vidas, no le hemos confiado a Él. Frente a un mundo que quiere desvelar la culpa, acusar al culpable, la misericordia de Dios vendría a cerrar los ojos y tapar la culpa.

Desde hace tiempo, soy muy sensible al tema de la transparencia. Es necesario verlo todo, saberlo todo, para poder confiar y vivir con otros. Utopía y mentira, una vieja cantinela. Tenemos la representación de un Dios que sabe todo sobre nosotros porque lo ve todo. «Dios te mira cuando haces una trastada», se les decía a los niños. «El ojo estaba en la tumba y miraba a Caín», escribió Víctor Hugo. Actualmente, el ojo que nos mira parece más bien una cámara de videovigilancia, pero la idea sigue siendo la misma. Sin embargo, no me imagino al Dios bíblico espiando todos nuestros actos. Si el ser

profundo de Dios es misericordia, significa que Él «cierra los ojos» a todo lo que nos aleja de Él. Cubre con un velo, un manto o una túnica lo que es mejor olvidar. Y lo olvida. A Dios no le interesa el pecado. Le parte el corazón que nos preocupemos más del pecado, nuestro y del vecino, que de Él y de lo que en nosotros está habitado y revestido por Él.

No hace mucho, dos comunidades dominicas me pidieron que les diera un retiro. Y me lancé a investigar sobre la túnica sin costura, sin otra guía de interpretación que la de los Padres de la Iglesia, que leían la Biblia desde la luz de Cristo muerto y resucitado. En esta búsqueda, la bula del papa Francisco que convocaba el jubileo de la misericordia (11 de abril de 2015) me animó a ahondar en el significado de esta túnica, que podría ser la túnica de la misericordia.

Esta lectura en forma de búsqueda es seria y risueña a la vez. Es un vagabundear entre túnicas de piel y mantos de lino; es una lectura muy táctil, donde se encuentran telas, pero también el pudor, la desnudez, la vergüenza, la piel del ser humano y la ropa que ha escogido para vestirse. Que el lector no se sorprenda por el carácter itinerante de estas páginas. Dejando aquí y allá una piedrecita blanca, acabaremos por encontrar nuestro camino. Obviamente el texto que presentamos habla la lengua de la experiencia cristiana de Dios, que es mi lengua materna. Pero gracias a mis hermanos de Egipto, no olvido que hay otras lenguas para decir de otro modo la experiencia de Dios.

Quiero dar las gracias, ante todo, a quienes me empujaron a comenzar esta búsqueda y, especialmente, a quienes me invitaron a predicarles este Evangelio de alegría que nos hace vivir: mis hermanos dominicos, del convento de San-Jacques y del convento de Notre Dame du Rosaire en El Cairo.

1 AL PRINCIPIO

La primera túnica aparece en el Génesis. Como en todas las grandes historias, hay que comenzar por el principio.

VIVIR EN DIOS

En el primer relato de la creación, Dios dijo:

Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todos los reptiles. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó (Gén 1,26-27).

Esta semejanza de Adán a Dios se transmitirá a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta nosotros. Es nuestra semejanza a Dios.

Tenía Adán ciento treinta años cuando engendró un hijo a su semejanza, según su imagen, a quien puso por nombre Set (Gén 5,3).

Adán, cuyo nombre significa «terrenal», a la vez hombre y mujer, está hecho a imagen y semejanza de Dios.

Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo imagen de su propio ser (Sab 2,23).

He ahí la primera morada del ser humano, su primer hogar: la imagen y semejanza de Dios. Tal vez eso sea el Edén: no un lugar, sino un modo de ser, de habitar con Dios.

El hábito, el hábitat y el *habitus* tienen la misma raíz. En los orígenes de la vida monástica, el *habitus* es una manera de ser, un estilo de vida, manifestado por un lugar habitable, no estrictamente geográfico (el monasterio), sino un lugar para la vida en común, así como una forma de vestir, un hábito. La descripción de una prenda exterior, el hábito, es también la descripción de una forma de ser. Siempre es más o menos así. Yan Plantier, que enseñó filosofía en la cárcel, descubrió que los jóvenes con los que trataba gastaban en ropa tres veces más al año que los estudiantes acomodados de

Secundaria. Su «uniforme» tenía que ser siempre nuevo, y consistía en chándal y zapatillas de deporte de marca, preferiblemente blancas: como un «abrigo rico del pobre»¹. La ropa marcaba su modo de ser, su manera de habitar el mundo, sobre todo porque su vivienda —la celda de la prisión— no era un hábitat digno de ese nombre.

Al principio, Adán, hombre y mujer, no solo habita en la casa de Dios, sino que habita en Dios. No hay diferencia entre su manera de ser y la de su Creador. Tal vez la desnudez de Adán es simplemente eso. Podemos anticipar que este relato de los orígenes no solo nos cuenta la historia del paraíso perdido, sino más bien la de aquello a lo que todos estamos llamados: vivir con Dios, vivir en Dios. Esto es lo que dice Pablo en su Epístola a los Efesios, cuando afirma rotundamente que somos elegidos por Dios «desde antes de crear el mundo, para ser santos y sin defecto en su presencia, por el amor». Y este «nosotros», creo firmemente, abarca a todos los hombres.

¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesús Mesías, que, por medio del Mesías, ¡nos ha bendecido desde el cielo con toda bendición del Espíritu! Porque nos eligió con Él antes de crear el mundo, para que estuviéramos consagrados y sin defecto a sus ojos por el amor; destinándonos ya entonces a ser adoptados por hijos suyos por medio de Jesús Mesías —conforme a su querer y a su designio—, a ser un himno a su gloriosa generosidad. La derramó sobre nosotros por medio de su Hijo querido (Ef 1,3-7a).

Ser santo y sin defecto en presencia del Creador es la vocación profunda del ser humano. La persona realizada que vive su vocación primera de «ser creada a imagen y semejanza de Dios», es llamada, como lo fue María, a vivir santa y sin defecto (inmaculada) en presencia de Dios. La persona que habita con Dios, lo más cerca posible de Dios, vive ya esta santidad. La que ama está protegida por el amor de Dios, abrazada por Él y liberada del pecado.

Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado porque su germen permanece en Él; y no puede pecar porque ha nacido de Dios (1 Jn 3,9).

BENDICIÓN

Ser creado a imagen y semejanza de Dios significa también tener la capacidad de bendecir. La primera función del lenguaje, la que expresa la buena relación entre los seres humanos y Dios, es la posibilidad de decir bien del otro. Y esto es lo primero que hace Dios después de crear a Adán: bendecirlo y hablarle. «Creced y multiplicaos, llenad la tierra...» (Gén 1,28). La primera palabra que Dios dirige a Adán es para decir bien de Él. Y si el ser humano, Adán, hombre y mujer, es creado a imagen y semejanza de Dios,

quizá lo que más le asemeja a Dios es el verbo, la palabra comunicada, para que a su vez ella bendiga y multiplique la bendición recibida. Adán, que ha recibido de Dios el don de nombrar los animales, los domina con su palabra. Pero la palabra permite sobre todo dar la palabra; ella permite decir bien y bendecir. Abrahán, el padre de los creyentes, lo ha aprendido, él a quien Dios dirá: «Bendeciré a los que te bendigan». Él es el padre de los creyentes porque, como verdadero hijo de Dios, ha aprendido a hablar.

Todos podemos experimentarlo: cuando le decimos a alguien que es guapo, se vuelve bello. La bendición reviste de gracia y luz a quien ha sido bendecido. Del mismo modo, cuando decimos a alguien que es bueno o que es digno de confianza. Bendecir a alguien es siempre facultarle para que a su vez bendiga. La palabra de bendición se multiplica. No solo hace lo que dice —bendecir—, sino que también capacita al bendecido para que él bendiga a su vez.

En este primer relato no se menciona el vestido. Lo que tiene lugar es la bendición. Al bendecir al ser humano, Dios le da todo. «Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno». Los exégetas dicen que en este primer relato del Génesis la fórmula hebrea «Dios dice» se repite diez veces, formando una especie de «decálogo». Es necesario insistir en este punto porque para quien vive en Dios, el decálogo es un gesto de creación y de bendición y no un código prescriptivo.

«ENTONCES SE ABRIERON SUS OJOS»

Luego viene el segundo relato de la creación:

Luego plantó Yahveh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahveh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal (Gén 2,9-10).

Hay dos árboles en el jardín: en el medio, el árbol de la vida, y sin que se especifique dónde (¿en medio del jardín? ¿En otro lugar?), el árbol del conocimiento del bien y el mal, que Chouraqi, en su traducción, llama «el árbol de la penetración del bien y del mal». En ese momento, la mujer todavía no ha sido sacada del costado de Adán.

A continuación, se describen cuatro ríos que riegan el jardín del Edén. Seguidamente Dios da a Adán este conocido mandato:

Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y le dejón el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase. Y Dios impuso al hombre este mandamiento: «De cualquier árbol del jardín puedes comer,mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio» (Gén

2,15-17).

Después, como no es bueno que el hombre esté solo, Dios modela los animales y se los presenta para que les dé un nombre. Pero como el hombre no ha encontrado en los animales «una ayuda que lo acompañe», Dios lo sumió en un letargo y de su costado formó una mujer. Al grito de alegría del hombre le sigue un grito de bendición: «¡Es hueso de mis huesos y carne de mi carne!». Se llamará mujer [*ishá*], porque fue sacada del hombre [*ish*]. El capítulo termina con esta precisión: «Ambos estaban desnudos, el hombre y su mujer, y no estaban avergonzados, uno frente al otro» (Gén 2,25). Observamos que, a partir de este momento, ya no se habla de Adán, sino de un hombre y de una mujer.

El capítulo 3 del Génesis permite que entre en escena un nuevo personaje, la serpiente. Criatura entre las demás, es astuta, y su palabra es perversa, equívoca, pues lo que hace decir a Dios, Dios no lo dijo así: «¿Así que Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?» (Gén 3,1).

De la misma manera que la bendición se multiplica produciendo otras bendiciones, la distorsión de la palabra también es contagiosa y reconocemos esta deformación de la serpiente en las palabras de la mujer, que a su vez tergiversa la palabra de Dios. «Del fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha prohibido comer o tocarlo bajo pena de muerte». (Gén 3,2-3). Eso no es lo que Dios había dicho: «No comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque el día en que comas de él, serás reo de muerte». No estaba prohibido tocar el árbol del conocimiento del bien y del mal, sino comerlo. Pues el árbol en medio del jardín era el árbol de la vida. Por lo tanto, hay una confusión de árboles y una confusión múltiple, de la que la serpiente se sirve para argumentar: «¡Nada de pena de muerte! Lo que pasa es que Dios sabe que, en cuanto comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, versados en el conocimiento del bien y del mal» (Gén 3,5).

Entonces, la mujer y el hombre comen del árbol del conocimiento del bien y del mal (que era «bueno para comer», «atractivo de ver» y «deseable para el discernimiento», traduce la Biblia Segond²).

Entonces se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y cosiendo hojas de higuera se hicieron unos ceñidores. Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahveh Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahveh Dios por entre los árboles del jardín (Gén 3,7-8).

Penetrar en el bien y en el mal no parece tan fascinante; permite, sí, que se les abran los ojos, sin duda, pero ¿a qué? El deseo de conocer es insaciable y hace insoportables nuestros límites. El hombre y la mujer se esconden. Y callan. ¿Se cubren con un taparrabos para escapar a la vista de estos límites? Pese a ello, Dios, que se complace en pasear en el jardín donde vive Adán, mantiene siempre el diálogo con el hombre que se ha ocultado y que guarda silencio. «¿Dónde estás?». Y el hombre responde: «Escuché tus pasos en el jardín, tuve miedo porque estaba desnudo y me escondí». Y a continuación se produce el discurso acusador, que es, en cierta manera, la otra cara del engaño de la palabra inaugural: «No soy yo, es la mujer». «No soy yo, es la serpiente». El comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal ha producido el desastre del desencanto; de estar desnudos, el hombre y la mujer se encontraron desnudados, con la sensación de no haber conseguido nada y, por el contrario, de haber fracasado y de sentir vergüenza.

Dios no acusa y con paciencia sigue hablando al ser humano. Una vez más, le dirige la palabra: «¿Dónde estás?». No maldice ni al hombre ni a la mujer, sino solo a la serpiente y a la tierra, que se convertirá en un lugar en el que habrá que trabajar duro para poder vivir. Y hace lo que quizá es su primer gesto de misericordia: «El Señor [Yahveh] hizo túnicas de piel para el hombre y su mujer y se las vistió» (Gén 3,21). Al cubrir con túnica de piel al hombre y a la mujer, Dios no cubre su desnudez, sino su indignidad, su vergüenza. Dios, desde el relato de la caída, echa un velo de piel sobre el hombre y la mujer, un hábito, para permitirles habitar el mundo y, haciéndolo, les ofrece la posibilidad de inventar un nuevo *habitus*, un nuevo modo de vida entre ellos y con Él, su Dios, protegiendo la palabra. El taparrabos que se habían cosido no ofrecía esta posibilidad. La túnica de piel es un regalo de Dios para que el ser humano viva y pueda construir relaciones con su entorno. Es una bendición. Es entonces cuando el hombre puede hablar de nuevo y bendecir. Teodoreto de Ciro, admirado, dice que las túnicas de piel representan la carne mortal que el pecado ha provocado. Admiremos la bondad de Dios «que cuida incluso a los malhechores, al no permitir que les falte el vestido necesario a los que están desnudos»³.

En esta gran inclusión entre la túnica que Dios entregó a Adán y la túnica de Cristo «sin costuras, tejida en una sola pieza desde la parte superior», la túnica que dejó a los suyos (¿a nosotros?) sin que hubiera sido rasgada, es donde quisiera inscribir esta lectura tan «textil» de la misericordia de nuestro Dios.

Yan PLANTIER, «Les vêtements de marque ou l'étoffe d'un homme», *Lumière et Vie*, 292, octobre-décembre 2011, p. 32.

Se trata de la traducción francesa de la Biblia realizada por Louis Segond, pastor protestante y teólogo suizo. Publicada por primera vez en 1880, la traducción se hizo directamente de las lenguas originales —hebreo, arameo y griego—, y no del latín, como solía hacerse en la época. Según el teólogo protestante Samuel Amsler, esta traducción es la obra maestra de uno de los mejores hebraístas protestantes de la era contemporánea, cuyo notable sentido del idioma francés impresiona todavía hoy. El escritor Paul Claudel era un ávido lector de esta Biblia, debido a su rigor gramatical y a su calidad literaria. (*N. del E.*)

TEODORETO DE CIRO, *Cuestiones sobre el Génesis*, 39, en N. Fernández Marcos y Á. Sáenz-Badillos (ed.) *Textos y estudios «Cardenal Cisneros»*, 17, Madrid 1979, p. 345. [<http://www.erudit.org/revue>]

2

«ME ENTRÓ MIEDO PORQUE ESTABA DESNUDO Y ME ESCONDÍ»

En esta primera etapa de nuestra búsqueda debemos detenernos todavía un momento en el texto del Génesis. Antes de la caída, el hombre y la mujer están desnudos, sin atisbo de vergüenza. Después de la caída, se dan cuenta de que están desnudos y se esconden. ¿Qué ha pasado? ¿Qué han perdido? ¿Qué es esa desnudez de Adán antes de la caída? ¿La gracia en la que vivían Adán y Eva antes de la caída era una especie de vestido? ¿Podemos hablar de desnudez antes del pecado? ¿Cuál es la relación entre desnudez y el abrir los ojos? ¿Por qué comer del árbol es causa de vergüenza? ¿Qué representa el fruto del árbol prohibido?

¿DESNUDO O DESNUDADO?

Es el relato de la caída el que, por contraste, nos explica lo que era la desnudez original. No es transparencia total entre el hombre y Dios. A Dios no le gusta la transparencia total y, por ello, echa una túnica sobre los hombros de Adán para cubrir su desnudamiento. Entonces, ¿cómo calificar la desnudez anterior a la caída?

Gregorio Nacianceno explica que el primer hombre «estaba desnudo gracias a su vida sencilla y libre de artificio, sin disimulo ni encubrimiento»¹. Juan Crisóstomo habla de una gloria que es como un vestido. Adán y Eva, «si poseían un cuerpo, no sentían sus límites [...] ¿Cómo hubieran podido conocer su desnudez cuando la gloria celestial les parecía una túnica preciosa?»². Esta imagen del vestido significa para Juan Crisóstomo la gloria de la desnudez original, una forma de presencia densa e intensa. Es más una desnudez gloriosa que una «prenda de gloria». Agustín irá un poco más lejos, a riesgo de forzar la metáfora, al escribir que, si Adán y Eva antes de la caída sabían que estaban desnudos, no se avergonzaban de ello y «no prestaban atención a lo que el vestido de gracia cubría en ellos»³.

Al inventar una «prenda de gracia», no mencionada en el texto bíblico, los primeros

Padres de la fe cristiana quieren significar que para Dios no hay nada que ver. El ser humano se relaciona con Él por su palabra. En el fondo, dos registros se oponen entre sí: por un lado, el registro divino que se articula en la palabra, una palabra de bendición que dice lo que hace, una palabra recibida por el ser humano en el asombro de su inocencia original y, por otro lado, una palabra pervertida por la serpiente acusadora. El registro de la serpiente se centra en la vista, como portadora de codicia, de deseo de seducción, de posesión.

Si esta «prenda de gracia» significa que Adán no puede estar expuesto a la mirada acusadora y petrificante de nadie, es una prenda que no podemos eliminar. Si entendemos que esta prenda de gracia es un «añadido» accesorio a la condición humana, podríamos peligrosamente caer en la sospecha ante la criatura y, por lo tanto, ante el Creador. Consecuentemente, no se puede forzar la metáfora. Si en la gloria de Dios, Adán y Eva estaban vestidos con una «prenda de gracia», ¿qué es lo que cubría esta prenda? ¿Significa esto que la naturaleza del hombre ya necesitaba ser «cubierta»?

En este caso, la naturaleza del hombre, antes de la caída, no era pura inocencia, pura imagen de su Creador. Si la gloria es una túnica, se puede poner o quitar y, por lo tanto, desde el principio la naturaleza humana estaría posiblemente venida a menos. Ello significaría que el pecado no ha hecho más que revelar un mal que ya estaba en germen. Confesar esto es caer en la gnosis que los primeros Padres de la Iglesia denunciaron con insistencia. En este modo de considerar la desnudez de Adán antes de la caída, cubierto con una túnica de gracia, Giorgio Agamben ve un «residuo gnóstico», una especie de sospecha que nos sugiere que, en última instancia, la creación no fue tan perfecta, algo que el texto bíblico no dice⁴.

Cuando comieron el fruto del árbol, Adán y Eva «supieron que estaban desnudos». Como «si el único contenido del conocimiento del bien y del mal fuera la desnudez». Pero ¿qué puede significar «conocer la desnudez»? Lo que la serpiente introdujo con su mentira y su palabra acusadora fue la vergüenza. Y lo que Adán y Eva tratan de ocultar de alguna manera con hojas de higuera no es la desnudez sino la vergüenza. Lo que Dios cubre con una túnica de piel es esta vergüenza. Toda la Biblia nos enseña una cosa, quizá una sola: solo hay un remedio para la vergüenza: volver la mirada hacia Dios. «Contempladlo y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se sonrojará» (Sal 34,6); «Los que confían en Ti no quedan defraudados» (Dan 3,40).

Al final del libro, El que no ha dejado de mirar al Padre no tendrá necesidad de túnica para cubrir vergüenza alguna, y nos la podrá dejar a nosotros...

Pero no nos anticipemos.

VERGÜENZA

¿Qué es la vergüenza? Sobre todo, la vergüenza es dolor. El dolor de la vergüenza no puede desligarse de lo que produce ese dolor. En el corazón de la miseria, la vergüenza es el sufrimiento al cuadrado, sufrimiento gris y solapado que hace sentir a quien está atrapado en su red que hubiera sido mejor no haber nacido. El que está bajo el dominio de la vergüenza se siente sucio, derrumbado, tragando polvo. El que se siente avergonzado no puede mirar cara a cara a otro ser humano y hunde su cabeza, baja la vista y se encorva.

La vergüenza arruina todo lo que cae bajo su dominio: la autoestima, la posibilidad de mirar a los ojos, la alegría. Le lleva a rechazar el amor. Quien vive avergonzado se siente indigno: indigno de la bondad del otro que interpreta como condescendencia, indigno de su ternura, percibida como compasión, indigno de su amor, que interpreta como lástima. «¡Oh Señor, líbrame de la vergüenza!» (Sal 24). Para encontrar al ser humano perdido en su vergüenza, Dios tenía que rebajarse más que él, para encontrar su mirada a ras de tierra. Era necesario que el mismo Dios sufriera la maldición de los culpables, la vergüenza que brota de la mirada humillante que tenemos sobre ellos. Era necesario ponerse del lado del culpable y lo hizo. Pero antes, Dios, ante a la vergüenza de Adán, cierra los ojos, la recubre, la oculta.

La vergüenza raya el remordimiento, que es la culpa siempre presente, irremediable, sin vuelta atrás. El remordimiento no puede dar marcha atrás, deshacer la falta, ni aprovechar la oportunidad perdida. La vergüenza no es remordimiento porque, a diferencia de este, necesita la mirada del otro. La vergüenza solo se experimenta ante alguien, especialmente ante su mirada. Surge, decía Freud, «cuando otro nos la muestra»⁵. Se puede vivir la vergüenza en secreto, pero uno se muere cuando alguien se la muestra. Sartre señala que este dolor se enraíza en que la mirada del otro me congela en una postura objetiva. Pone el ejemplo de alguien que es sorprendido mirando a través del ojo de la cerradura: Me ven viendo. Su ilustración es muy pertinente:

Acabo de hacer un gesto torpe o vulgar: ese gesto se pega a mí. No lo juzgo ni lo lamento, lo vivo

simplemente, lo realizo y verifico en el modo del para-sí. Mas he aquí que levanto repentinamente la mirada: alguien que estaba allí, me ha visto. Advierto de golpe la vulgaridad de mi gesto, y me avergüenzo, [...] tengo vergüenza de mí, pero tal como aparezco ante el otro. Y, por la aparición misma del otro, puedo expresar un juicio sobre mí mismo como sobre un objeto, ya que aparezco como objeto ante los otros. [...] La vergüenza es, por naturaleza, *reconocimiento*. Reconozco que *soy* como otro me ve⁶.

La vergüenza me hace experimentar la presencia del otro mirándome como una cosa, cosificado por él. Porque me juzga, o creo que me juzga, la mirada del otro me priva de mi libertad, la congela, ya que yo mismo estoy cosificado bajo esa mirada. Cuando sentimos vergüenza, en el momento en que la experimentamos, algo en nosotros se suspende, se inmoviliza, los movimientos se paralizan una fracción de segundo. Nos quedamos «petrificados».

En definitiva, avergonzarse es mirarse en el otro en lugar de mirar al otro. Adán desnudado ya no es Adán desnudo. Se ve a sí mismo como un *voyeur*. Estar desnudo sin vergüenza podría ser un estado en el que la mirada no paralizaría, sino que esa mirada sería pura contemplación. Un estado en el que el otro no quedara reducido a la mirada objetiva y analítica de alguien, sino que fuera sujeto de una revelación, presente al otro. Al contrario, estar desnudado es lo opuesto y supone «verse mirándose a sí mismo». Obviamente hay una dimensión narcisista, pero hay algo más: un acceso a la acusación. La vergüenza nos acusa. Nos hace confundir el juicio sobre nuestro acto reprensible con el juicio sobre quiénes somos. Produce caos. Nos hace acusar insidiosamente a Dios por juzgarnos.

La vergüenza también tiene otra cara: es la vergüenza sin culpa. La vergüenza de existir de los que han sido manchados, maltratados y no pueden liberarse de la acusación, hasta el extremo de estar convencidos de ser culpables. Esta vergüenza toma la forma de la ilegitimidad: «No tienes derecho a existir». Se enraíza en las palabras que han dañado la vida en lugar de potenciarla. A menudo surge de la maldición, de la distorsión de la palabra que, sin embargo, fue hecha para bendecir. Puede ser que la ira de Dios contra la serpiente se produzca por introducir esa desgraciada vergüenza, mucho más grave que la culpa. Este es el fruto de la muerte, vinculado al conocimiento del bien y del mal, porque no es raro que este conocimiento se transforme insidiosamente en juicio sobre la legitimidad de la vida de los otros.

Tanto en francés como en castellano diferenciamos vergüenza y pudor, mientras que algunas otras lenguas confunden los dos conceptos: *Scham, Shame*.

Delphine Horvilleur, en su hermoso texto *En tenue d'Ève*, recupera una asombrosa interpretación de la desnudez de Adán y Eva, defendida especialmente por Filón de Alejandría: la piel con la que Dios los habría revestido después de la caída sería precisamente la piel, nuestra piel humana. «En sentido alegórico, las túnicas son el símbolo de la piel natural, nuestro cuerpo»⁷. Eso significaría que, en el estado paradisiaco, el hombre no tenía piel, no estaba separado del mundo, era transparente para su prójimo.

La caída correspondería, por lo tanto, no a la pérdida de una ingenuidad, sino al final de un estado original luminoso y translúcido, que abre la puerta al mundo de la oscuridad. Pasamos del mundo de la transparencia al mundo de lo encubierto. [...] El hombre sabe que está desnudo y que la mirada del otro puede posarse sobre él. Así nace la necesidad de cubrirse. Cuando se es transparente, no hay que esconderse. Cuando se deja de serlo es cuando se siente demasiado desnudo para permanecer al descubierto⁸.

Esta manera de interpretar el texto es muy interesante. Nos obliga a no vivir en la nostalgia del paraíso perdido. Para el hombre bíblico, la historia tiene un sentido, y el final de la historia no es el retorno al origen. Al final, todo lo que ya estaba allí, desde el principio, está presente, pero completado, realizado y, por lo tanto, diferente. El estado anterior a la caída anuncia aquello a lo que estamos llamados, aquello que va a ser completado a través de la historia. La semejanza del hombre con su Dios se da desde el principio y no desaparece, aunque el ser humano lo olvide. Simplemente está cubierta, y el final de la historia (manifestado ya en el bautismo) la magnifica.

La inocencia original no se ha perdido con la culpa, pero se ha vuelto —como la lengua— confusa, opaca por la voz de la serpiente. En el origen, hay un hombre, una mujer, un jardín y una serpiente. En el punto culminante de la historia, a la hora del misterio pascual, hay un hombre, una mujer, un jardín, pero no una serpiente. Y el Apocalipsis pone en escena no solo un jardín, sino una ciudad con árboles de vida, hombres y mujeres innumerables, liberados de la serpiente acusadora que había crecido y se había convertido en un dragón. En el origen, Dios viste con una túnica de piel a su criatura. En el momento de la cruz, el Hijo de Dios deja su túnica a los suyos. Y el Apocalipsis escenifica una multitud innumerable vestida con túnicas blancas.

La historia es importante para el hombre bíblico. La historia de los pueblos y la

historia de cada uno. Por eso, si seguimos la lectura de Filón, la piel es una auténtica bendición, pues, aunque señala la aparición del límite, este límite permite el encuentro con el otro. La bendición es estar protegido por Dios de la vergüenza a través de nuestra piel. Si ya no soy permeable al otro, si se convierte en un misterio para mí, eso provoca el deseo de encontrarlo y descubrirlo. La piel hace necesaria la palabra, el verbo. Con la aparición de la piel, nace también la necesidad del pudor. «En este mundo la desnudez y el pudor tienen sentido. Solo nos sabemos desnudos cuando estamos parcialmente cubiertos»⁹. Dios, al ofrecer a Adán y Eva una túnica de piel cuando estaban cubiertos de vergüenza y de hojas de higuera, les ofrece la posibilidad de sentir pudor. La delicadeza de Dios está en ofrecer al ser humano un refugio para que pueda ser tocado con ternura y en poner en él el deseo de encontrar al otro. El texto del Génesis insiste en que es después de la caída cuando Adán nombra a su mujer Eva, «la que vive» porque «ella fue la madre de todos los vivientes» (Gén 3,20). ¡Un grito de alegría!

¿Qué es el pudor? A diferencia de la vergüenza, el pudor es una forma de ser. «El pudor es el tacto del alma», responde acertadamente Joseph Joubert¹⁰. El pudoroso se avergüenza de sí mismo, y teme sorprender en la mirada del otro una acusación. El desvergonzado, que nunca se avergüenza de nada, puede estar igualmente alienado. Entre los dos, como una cima virtuosa entre dos abismos, el púdico acepta el velo extendido sobre su vida y la protege de los *voyeurs*; no le gusta la transparencia y prefiere mantenerse alejado de la mirada de los demás, para proteger el misterio que es para los demás y para sí mismo. Cultiva virtuosamente la discreción y se complace en una cierta oportuna opacidad. El pudor introduce la carne en el orden de la palabra y «cubre con el velo de la fe la desnudez del otro. El pudor espera poder entender algo distinto de lo que ve e intenta reintegrar, en el juego de las mediaciones, la desnudez»¹¹.

Cubrir a Adán con una túnica supone que Dios confía en su capacidad para labrar su interioridad, le permite «percibir más allá de lo que ve», le da la palabra y cree en él. Tal vez sea la condición para salir del Edén. ¿Un Edén que ya está en ellos? ¿El pudor será quizá el medio de sobrevivir al fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, una forma de contener su poder, de ser más fuerte que su dominio?

VERGÜENZA Y CONOCIMIENTO DEL BIEN Y DEL MAL: UN PECADO DEL ESPÍRITU

Esto nos plantea una segunda serie de preguntas: ¿Qué relación hay entre la vergüenza

y el conocimiento del bien y del mal? ¿Por qué estaba prohibida esa fruta? Habitualmente, en el mundo latino, al pecado de Adán se le ha dado una connotación sexual. La caída sería el pecado de la carne, el deseo del cuerpo del otro. Para los Padres de la Iglesia de tradición griega como Basilio, el árbol del conocimiento del bien y del mal no produce un pecado de la carne, sino un pecado del espíritu. El hombre se siente atraído «hacia la actividad dirigida a suplir las carencias» y, por ello, «su atención a Dios se desvía»¹². El hombre abandona la contemplación de Dios porque el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal le parece «bueno para comer y seductor de ver» (Gén 3,6); y esto sucede cuando la contemplación de Dios es reemplazada por la búsqueda interminable de «técnicas y saberes mundanos»¹³.

Las ocupaciones del arte [*tekhne*] serían una pérdida de tiempo para el ser humano, algo que debería evitarse como si fuera algo perjudicial. [...] Por lo tanto, el hombre no debería tener ni los vestidos de la naturaleza, ni los de la técnica [*tekhne*]: pero le habían preparado otros que fueran adecuados, que debían brillar en él por la gracia divina, que debían embellecerlo, como los ángeles, con una elegancia deslumbrante, que eclipsaría la belleza de las flores y el esplendor de las estrellas¹⁴.

Mi hipótesis es que la vergüenza surge cuando el conocimiento está desligado del amor; en otras palabras, cuando no hay espacio para el otro, cuando no hay lugar para la novedad y lo inaudito, ni tampoco hay espacio para la palabra. Cuando el conocer pretende violar el secreto de las cosas, de los seres, de Dios. Solo un conocimiento que ama mantiene el secreto.

Dicho de otra manera, en el contexto bíblico solo hay conocimiento de alguien, no de algo. Solo conociendo a alguien puedo conocer las cosas, y este conocimiento amoroso es siempre un no-conocimiento, la salvaguardia de un misterio. La comprensión del bien y del mal es un conocimiento que quiere juzgarse a sí mismo, al mundo y a los otros. Desea controlar todo, reducir la conducta humana a un comportamiento predecible, rayando en la acusación de los otros, del mundo y de sí mismo. Es un conocimiento que quiere sobrepasar los límites, actuar como si no existieran, como si el mundo, el cuerpo y el tiempo no tuvieran sentido, como si se pudiera, sin perjuicio, perforar el enigma.

Por lo tanto, el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal conlleva tres daños. El primero es creer que, mediante la técnica, se puede conocer todo, es decir, conocer sin amar. El segundo es reemplazar el creer por el ver. El tercero es suponer que podemos juzgarlo todo, especialmente el bien y el mal.

El deseo de conocer todo, otra cara de la codicia, no nace con la modernidad. Agustín

descubrió sus huellas en su propia vida y sabe describirla con precisión:

Hay otra clase de tentación más peligrosa. [...] Radica en el alma, pero su trasmisión se realiza a través de los sentidos corporales. Su objetivo no consiste en deleitarse en la carne. Usando los mismos sentidos carnales, el alma no obtiene su placer directamente de la carne sino en tener experiencia de las cosas mediante la carne. Y como esta curiosidad se basa en el deseo de conocer, y los ojos son, entre todos los sentidos, el instrumento principal del conocimiento, la palabra de Dios la ha denominado concupiscencia de los ojos¹⁵.

Iván Illich relata que la larga historia de nuestra modernidad, marcada por esta sed, produjo la disociación entre el trabajo intelectual y la vida espiritual, en el medievo, cuando la sala de estudio se separó de la capilla¹⁶. La *lectio*, para los medievales, era la búsqueda de la sabiduría de Dios en las Escrituras y su acogida no tenía otro fin que la relación con Dios (*lectio, meditatio, oratio, contemplatio*). Poco después, en el momento en que nace la orden dominica, con el nacimiento de las ciudades y de las universidades, la arquitectura separó el espacio de la lectura. Por un lado, la lectura litúrgica en el convento, en el refectorio o en la iglesia; por otro, el *studium*. En este contexto, aparecen dos formas separadas de lectura: la lectura espiritual (*oratio*) y la lectura intelectual (*studium*). Así se separaron las dos formas de búsqueda y de conocimiento que de nuevo tendríamos que unir. Por ello, me parece que la cuestión del árbol del conocimiento del bien y del mal es un tema importante en la actualidad.

Puede haber un conocimiento profano, indicado en la escena evangélica de la moneda grabada con la efigie del César. Pero ¿qué significa querer conocer «objetivamente»? La autopsia, que también nace en la transición entre la Edad Media y el Renacimiento, cree que conoce el cuerpo porque lo ha abierto. Pero al hacerlo, se separan artificialmente dos cuerpos: el cuerpo que tengo, en su materialidad, y el cuerpo existencial, el cuerpo que soy.

La tentación del árbol del conocimiento del bien y del mal es creer que cuando se conoce el cuerpo en su materialidad, se sabe todo de él. Este es el error que corre el riesgo de convertir a la ciencia en una nueva religión, al hacer de ella un ídolo (lo que critican los científicos dignos de ese nombre). Un cierto cientificismo contemporáneo ilustra el problema de la transgresión de Adán y Eva: la avidez de conocimiento, que Freud y Lacan llaman la pulsión epistemofílica.

Algunos científicos están tratando de demostrar que la IRM (resonancia magnética) funcional puede predecir la reincidencia de un crimen¹⁷. Otros esperan encontrar el «gen

del crimen»¹⁸. Cuando «la» ciencia se convierte en un absoluto capaz de responder a todas las cuestiones de nuestra existencia, cosa que *no puede* hacer, ocupa el espacio del deseo del ser humano. Para Jacques Lacan existe un peligro real que nombró con mucha clarividencia.

Lo que de hecho es ciencia, ahora ocupa el lugar del deseo, es simplemente lo que comúnmente se llama ciencia, que ahora está tan feliz porque logra todo tipo de conquistas llamadas físicas. A lo largo de este período histórico, el deseo del hombre, durante mucho tiempo invadido, anestesiado, dormido por los moralistas, domesticado por los educadores, traicionado por las academias, simplemente se ha refugiado, reprimido en la pasión más sutil y también la más ciega, como muestra la historia de Edipo, la pasión por el conocimiento. Esta es la que está conduciendo un tren que no ha dicho su última palabra. Una de las características más divertidas de la historia de la ciencia es la propaganda que los eruditos y alquimistas hicieron a los poderes. La respuesta a este problema es buscar un cierto colapso de la sabiduría. Es un hecho que ellos han permitido que pasara, que la ciencia ha obtenido créditos, por medio de los cuales ahora tenemos esta venganza en la espalda. Fascinante, pero para los que están en el punto más avanzado de la ciencia no dejan de tener la aguda conciencia de que están al pie del muro del odio¹⁹.

Cuando la Biblia habla de «conocimiento», se trata del conocimiento amoroso y el amado aparece aureolado de gracia en su desnudez. Esta gracia permite la relación a la vez que protege el misterio del otro; permite la relación porque protege el misterio y posibilita una palabra dada y encarnada. Sin embargo, cuando no se da ese velo de gracia, la relación se frustra convirtiéndose en violencia, violación, profanación. En *Desnudez*, Agamben muestra que el dispositivo sádico, que a sabiendas elimina la gracia maltratando el cuerpo del otro y que además se regocija ante el espectáculo de esta degradación al reducir el cuerpo a una máquina, «ofrece el perfecto equivalente profano del pecado»²⁰.

El primer daño del conocimiento del bien y el mal es la fascinación de la vista (los psicoanalistas hablan de «pulsión escópica»), que degenera en un deseo de saberlo todo (la «pulsión epistemofílica»). Hay una forma de «ver» que corre el riesgo de destruir lo que ve y provocar «vergüenza». Esta pulsión escópica provoca un segundo perjuicio: la confianza en la palabra del otro es reemplazada por la prueba de la vista, sin mediación. La desconfianza nos hace dudar de lo que no vemos y ¡nos convertimos en Tomás! Sin embargo, creer significa confiar en la palabra mientras que «ver es, por el contrario, confiar en la presencia más o menos cosificada del otro»²¹. Por ello es comprensible que Jesús insistiera: «Bienaventurados los que creen sin ver» (Jn 20,8). La fe cristiana nace ante una tumba vacía. Todo ha sido *dicho*, pero no hay nada que *ver* en la resurrección de

Cristo. No hay pruebas, ni milagro. Solo queda creer.

Si los dos primeros males provocados por la fascinación que produce el árbol del conocimiento del bien y del mal nos conducen a creer que podemos conocer todo a través de la vista, el tercer mal es *creer que podemos juzgar todo*. Dietrich Bonhoeffer al comienzo de su *Ética* (escrita poco antes de ser arrestado por los nazis) nos pone en guardia:

El objetivo de toda reflexión ética parece ser el conocimiento del bien y del mal. La primera tarea de la ética cristiana es abolir este conocimiento. [...] La ética cristiana ve en la posibilidad de conocer el bien y el mal la caída original. Al principio, el hombre solo conoce una cosa: Dios. Solo conoce a su prójimo, al mundo y a sí mismo en la unidad de su conocimiento de Dios; conoce todo en Dios solamente y Dios en todas las cosas. [...] El conocimiento del bien y del mal es, por lo tanto, el divorcio con Dios. El hombre solo puede conocer el bien y el mal contra Dios²².

El conocimiento del bien y del mal, una vez dissociado del conocimiento que es el amor, nos lleva «al pie del muro del odio». ¿Quién de nosotros no ha sucumbido a ello? «Fulanito es así, no podrás cambiarlo», «Es inútil confiar en ella; lo sé porque la vi actuando y no es capaz de comportarse correctamente». Juicio. Condena. Sin embargo, el Evangelio, si estamos atentos, presenta juicios reales, con acusados (a menudo pobres), acusadores, un abogado (Cristo), un condenado (Cristo). Él asume el juicio y la condena para que podamos seguir adelante. Porque el juicio en el Evangelio no es ser juzgado por Jesucristo; el verdadero juicio es el juicio y la condena de Cristo por sus acusadores.

El remedio para la vergüenza y el resentimiento consiste en desarrollar un enfoque que rehúse categóricamente reducir al otro a cualquier cosa, a su carácter, a su culpa, a su destino. Es un enfoque que ignora el pasado y requiere un desconocimiento básico, con el fin de proteger la inocencia original de cada uno, que únicamente está oculta por nuestras faltas, pero en ningún caso perdida. Esto es lo que Dios hace con Adán y Eva cuando los cubre con una túnica de piel, abriéndoles un futuro posible en el mundo que van a descubrir juntos. En consecuencia, el triple daño de la fascinación por el conocimiento del bien y el mal (reducir al otro a un objeto, despreciar la palabra, juzgar y acusar), se reemplaza por un triple beneficio, una triple bendición: cerrar los ojos al pasado, rehabilitar la palabra, recibir al otro como sujeto, como misterio, como comienzo. Nos hará falta toda la sabiduría bíblica para aprender esto.

GREGORIO NACIANCENO, *Discours 38,12*, Éd. du Cerf, Paris 1990, p. 129. (Trad. esp.: *Los cinco discursos teológicos [BPa, 30]*, Ciudad Nueva, Madrid 1995).

JUAN CRISÓSTOMO, *Commentaire sur la Genèse, 16*, Éd. Artège, Perpignan 2013, p. 78.

AGUSTÍN, *La Cité de Dieu*, 14, 17, G. COMBES (ed.), Bibliothèque Augustinienne, 35, Desclée De Brouwer, 1959-1960, pp. 427 y 429. (Trad. esp: *La Ciudad de Dios*, BAC, Madrid 2009).

«Que la naturaleza humana sea imperfecta, ininterpretable, potencialmente corrupta y que tenga necesidad de la gracia no se dice explícitamente en ninguna parte del relato del Génesis», Giorgio AGAMBEN, *Nudités*, Éd. Rivages, Paris 2012, p. 91 (Trad. esp.: *Desnudez*, Anagrama, Barcelona 2013).

Patrick MEROT, «La honte: “si un autre venait à l’apprendre”». Introduction à la discussion sur le rapport de Claude Janin», *Revue française de psychanalyse* 5/2003 (vol. 67), p. 1743-1756.

Jean-Paul SARTRE, *L’Être et le néant*, Gallimard, Paris 1976, pp. 259-260 (Trad. esp.: *El ser y la nada*, Losada, Buenos Aires 2016).

FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Questions et solutions sur la Genèse*, 1, 53, *Oeuvres*, 34, I, Éd. Du Cerf, Paris 1979, pp. 120-123. Además del texto que comienza por la frase citada, véase también *ibid.*, 4,1 (*Oeuvres* 34, II, 1984, 148-151). (Trad. esp.: *Obras completas*, Volumen II, Trotta, Madrid 2010).

Delphine HORVILLER, *En tenue d’Ève*, Grasset, Paris 2013, p. 71.

Ibid. p. 72.

Joseph JOUBERT, «Qu’est-ce que la pudeur?», *Essais*, A.-G. Nizet, Paris 1983, p. 242.

Denis VASSE, *Dictionnaire de Spiritualité*, t. XII, Beauchesne, Paris 1971, p. 2609.

BASILIO DE CESAREA, *Homilía* «Que Dieu n’est pas l’auteur du mal», 6-9, consultado en la página web: <http://remacle.org/>

Véase el análisis de G. AGAMBEN sobre esta cuestión en *Nudités*, pp. 116-117.

BASILIO DE CESAREA, *Homilía* «Que Dieu n’est pas l’auteur du mal», 6-9.

AGUSTÍN, *Les Aveux*, Lib. X, § 54, POL, Paris 2008, pp. 295-296. (Trad. esp: *Confesiones*, BAC, Madrid 2018).

Cfr. Iván ILLICH, «Lectio divina dans la Haute Antiquité et l’Antiquité tardive», en *La Perte de sens*, Fayard, Paris 2004, p. 163 ss.

<http://www.huffingtonpost.fr/>

<http://www.revmed.ch/>

Jacques LACAN, *Séminaire VII*, «Éthique», Seuil, Paris 1986, p. 374.

G. AGAMBEN, *Nudités*, p. 111.

Xavier THÉVENOT, «Emmaüs, une nouvelle Genèse? Une lecture psychanalytique de Genèse 2-3 et Luc 24, 13-55», *Mélanges de Science Religieuse*, 37 (1980), p. 13.

Dietrich BONHOEFFER, *Éthique*, Labor et Fides, Genève 1949, p. 1. (Trad. esp.: *Ética*, Trotta, Madrid 2000).

3 LAS TÚNICAS DE PIEL

El texto bíblico especifica que la túnica con la que Dios viste a Adán y a Eva está hecha de piel (a diferencia de la de Cristo, que será una túnica de lino). Pero Adán no es el único que se viste con una túnica de piel. Ir al encuentro de los hombres y mujeres que han sido revestidos de piel nos permitirá entender mejor el sentido de las túnicas de lino.

ADÁN

«Yahveh Dios hizo túnicas de piel para el hombre y su mujer y los vistió» (Gén 3,21). La piel de una bestia como vestido, ¿qué es, entonces, esta piel de bestia? Si no es nuestra propia piel, es necesario que un animal nos la dé, que muera y se sacrifique por el ser humano. ¿De qué animal hablamos?

Los comentarios rabínicos (*midrashim*) ofrecen varias interpretaciones. Una de ellas me parece muy significativa. Este animal que no grita, que no abre la boca, «que se deja llevar al matadero» (Is 53,7), podría ser un cordero. El rabino Ayvu, citado en el Midrash Rabbah, piensa que la piel dada por Dios para «cubrir» a Adán y a Eva es la de un cordero¹.

«¿Dónde está el cordero para el holocausto?», preguntó Isaac a su padre (Gén 22,7). Y Abrahán respondió: «Dios proveerá el cordero para el holocausto» (Gén 22,8). El cordero, un animal sacrificado por Abel (Gén 4,4). El cordero pascual, un animal para la liberación de la esclavitud (Ex 12). Es un animal al que toda la Teología cristiana identificará con Cristo, el último cordero pascual, que ni grita ni abre su boca, ese Cordero «que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29), y que el Apocalipsis lo presentará de pie, definitivamente vencedor. Es muy posible que Dios vistiera al hombre y a la mujer con una piel de cordero. Una piel de cordero para cubrir su vergüenza.

Cubrir al hombre y a la mujer con pieles de animal, significa que su piel no es una piel de animal, y que Adán y Eva no son animales. A diferencia del animal, el humano tiene

una interioridad, una intimidad que necesita protección. Estar cubiertos con pieles es estar protegidos. Sí, Dios ha resguardado el espacio íntimo, el misterio del ser humano, la auténtica desnudez, de donde surge lo más auténtico de su vida y que correría el riesgo de ser contaminado por el juicio de la serpiente si el Creador no hubiese elegido cubrir la vergüenza de su criatura. Al cubrirlos con pieles, Dios permite que el hombre y la mujer vivan sin miedo, en la luz. Por ello quizá otros *midrashim* llamaron a esta piel una piel de luz, jugando con la homofonía hebrea entre 'or (la piel) y or' (la luz).

La tradición cristiana ha recogido esta imagen. Esta piel animal, la pelliza, marcaría la muerte (comenzando por la del animal que dio su piel), y muchos Padres de la Iglesia han insistido en el contraste entre esta piel de animal que era necesario abandonar y el vestido de lino blanco del bautismo. El bautismo, en este sentido, es la asunción del estado original. Significa la irreductibilidad de la inocencia original. La vestidura del bautismo es una metáfora de la gracia. No hay nada que ver, solo creer. La vestidura del bautismo expresa la gloria del cuerpo que Dios ha elegido para hacer su casa: irreductible a la materia. No disponible a la mirada, templo del Espíritu (1 Cor 6,19). Glorioso. Y el lino blanco es esa prenda de luz que ya no cubre la vergüenza, sino que magnifica el cuerpo glorioso de Adán que ha vuelto a su Dios.

¡Oh, maravilla!, exclamaba Cirilo de Jerusalén, estabais desnudos ante los ojos de todos, y no tuvisteis vergüenza. [...] Entonces os encontrasteis desnudos, imitando así la desnudez de Cristo en la cruz; por esta desnudez ha despojado a los principados y poderes y ha triunfado abiertamente sobre ellos desde las alturas del madero (Col 2,15)².

Jerónimo en su *Correspondencia* escribe:

Cuando, preparados para revestirnos de Cristo, hayamos dejado las túnicas de piel, entonces seremos vestidos con una túnica de lino, que no será de muerte, sino que será blanca, de modo que, cuando seamos bautizados, podamos ceñir nuestra cintura en la verdad³.

Aquí hay una pista, dejada a nuestra atenta perspicacia: en el texto bíblico se pasa discretamente de una piel de animal a una piel vegetal; puede ser instructivo seguir ese hilo a través de algunas de las figuras bíblicas más conocidas.

REBECA Y JACOB

La segunda piel de animal la encontramos un poco más adelante en el Génesis, en el seno de la familia de Isaac y Rebeca, cuando nacen sus hijos. El primer gemelo de Rebeca está cubierto como con una capa de pelo, de tal modo que se le llama Esaú, «el

peludo» (Gén 25,25). Le compra a su hermano un plato de lentejas con su derecho de primogenitura, al que no parece estar muy apegado. Temiendo la muerte, Isaac quiere bendecir a su hijo mayor. Rebeca escucha la conversación, prepara el plato, viste a su hijo Jacob con las mejores ropas de Esaú y lo cubre con una piel de cabra para suplantar a Esaú.

Después tomó Rebeca ropas de Esaú, su hijo mayor, las más preciosas que tenía en casa, y vistió a Jacob, su hijo pequeño. Luego, con las pieles de los cabritos le cubrió las manos y la parte lampiña del cuello (Gén 27,15-16).

El plan de Rebeca funciona, y Jacob es *confundido* con Esaú. A causa de ello, ¿no recae sobre él el peso de la bendición para los dos? He aquí la escena, Jacob está vestido con «la mejor ropa» de su hermano, como lo estará más tarde su hijo José pero, al mismo tiempo, con la piel de animal como Esaú y también como Adán. Esta no es una historia de vergüenza sino de desprecio: el que siente Jacob hacia Esaú que no asumió su primogenitura. El desprecio es en cierto modo la otra cara de la vergüenza. La vergüenza es mirarse en el otro y creer que lo que hay es desprecio.

Esta historia nos recuerda, sin embargo, que la túnica de piel de animal no es una maldición. Si para Adán es la protección que Dios regala al ser humano, la túnica se asemeja a una bendición. Y aunque Esaú parezca más «animal» que Jacob (el pelaje se identifica con su piel de carne), ambos reciben su propia bendición, una bendición para un patriarca y una bendición para un cazador, para un errante. En ambos casos, una bendición para un hijo de Dios, pues no hay más que una bendición, la de Gén 1,28 («Hombre y mujer los creó. [...] Y los bendijo»), que no deja de atravesar todo el espesor bíblico. Los dos han sido bendecidos y el destino que los llevó al conflicto y al odio no tendrá la última palabra pues sabrán reencontrarse. No hay destino en la Biblia. El destino —la fatalidad— es exactamente lo contrario de lo que experimentan los hijos, pues Dios siempre es nuevo.

Esta bendición de Jacob, protegido en su piel animal, tiene un significado sacrificial, pues hubo que sacrificar un cabrito para que Jacob se hiciera pasar por Esaú. El sacrificio de un cabrito para que un hijo sea salvado y reconocido como hijo recuerda la aventura de Abrahán y del joven Isaac: Dios sujetó el brazo de Abrahán cuando estaba a punto de sacrificar a su hijo. En la Biblia, no es raro que aparezca un carnero o un cordero para salvar a los hijos de Dios cuando su vida está amenazada.

Hay otro detalle en este relato que merece nuestra atención. No se trata solo de una

historia de piel de animal, sino también de una historia de la vista. Isaac es viejo y está ciego. Sus ojos, aunque abiertos aún, sólo ven oscuridad. Como ya no ve, Isaac toca a sus hijos y quizás su mano no se equivoca. Quizás su mano reconozca mejor que sus ojos al mayor de sus hijos. Tal vez su ceguera le da otro conocimiento. Quizá este relato no plantee una cuestión de vergüenza pues Isaac no corre el riesgo de ser tentado por el «conocimiento del bien y del mal» que, a menudo, surge de la codicia de los ojos.

LA MORADA DE DIOS

Si continuamos leyendo el texto bíblico, las pieles de animal aparecen en el libro del Éxodo para vestir otro cuerpo no menos importante, la Morada del arca de Dios. Aunque podría esperarse que este libro hiciera hincapié en los vestidos de Moisés, no es así. Solo se insiste en el vestido de la tienda. La tienda, la morada del Señor, está cubierta con tiras de piel de cabra y piel de carnero teñidas de rojo: «Tejerás once piezas de pelo de cabra, que sirvan de tienda para el santuario» (Ex 26,7); «Harás para la tienda una cubierta de pieles de carnero curtidas y una sobrecubierta de pieles de buen cuero» (Ex 26,14). Desde el momento en que Dios se revela a Moisés, no deja de ser «Dios con nosotros». Camina con su pueblo, lo acompaña en sus andanzas, nube durante el día para protegerlo del sol y fuego durante la noche para proteger sus pasos. De ahí la insistencia sobre el lugar misterioso de este encuentro, la Morada.

Después de liberar a su pueblo de la esclavitud de los egipcios, Dios llamará a Moisés para que suba a la montaña, y Dios descenderá «al tercer día» (Ex 19,16) para conversar con él como un amigo habla a su amigo. En esta montaña, Dios sellará su pacto con el pueblo al darle a Moisés las diez palabras para que el pueblo viva, palabras grabadas por la mano de Dios en las tablas de la ley. Luego pedirá a Moisés que construya un refugio, un arca, una tienda para el encuentro entre Dios y su pueblo. «Hazme un santuario y moraré entre ellos» (Ex 25,8). «Allí me encontraré contigo, y desde lo alto de la plaza, en medio de los querubines del Arca de la Alianza, te diré todo lo que tienes que mandar a los israelitas» (Ex 25,22). Al descender de la montaña del Encuentro, Moisés encontrará a los hebreos, que no esperaban su regreso, fundiendo un becerro de oro ante el que se prosternaban.

El Éxodo dedica capítulos enteros a la descripción de la Morada que alberga el sanctasanctórum, el Arca del encuentro. Nunca se ha descrito al ser humano con tanta

precisión como se hace con el Arca y más tarde con el templo en el que será depositada. Se describen con detalle los colores, las piedras preciosas y los tejidos utilizados. En esta Morada habrá una cortina que separará lo que es accesible a la vista de lo que no lo es, para proteger el lugar secreto donde se colocará el arca del Señor. Aquí observamos algo importante: Dios ha elegido habitar en una casa hecha de piel de animal, como para indicar, con mucha antelación, que en esta piel nuestra vendrá a establecer su morada.

Me encontraré con los israelitas en ese lugar que será consagrado por mi gloria. [...] Moraré en medio de los israelitas, y seré su Dios. Y reconocerán que yo soy Yahveh, su Dios, que los saqué del país de Egipto para morar entre ellos. Yo, Yahveh, su Dios (Ex 29,43-46).

Después de la traición de los hebreos y del episodio del becerro de oro, Moisés rompe las tablas de la ley. Sube a la montaña donde Dios le da de nuevo las diez palabras que él mismo graba en la piedra y se las entrega a su pueblo. Seguidamente, como Dios le había pedido, hace construir la morada. «Moisés hizo todo ajustándose a lo que el Señor le había mandado» (Ex 40,16). Y Dios permanece con su pueblo. Porque «durante el día la Nube de Yahveh estaba sobre la morada y durante la noche había fuego a la vista de toda la casa de Israel» (Ex 40,38). Dios ha mantenido la promesa de habitar con nosotros. Por su encarnación, ha instalado para siempre su morada en medio de nosotros. Morada definitiva elegida por Dios, secreta. Nuestra piel. Nuestra vida.

ELÍAS

La última figura veterotestamentaria vestida con piel de animal aparece en los libros de los Reyes. El profeta Elías es descrito como un hombre que «llevaba una piel ceñida con un cinto de cuero» (2 Re 1,8). Elías «vestido de pelo» y «ceñido de piel», según la traducción de Chouraqui.

Con su vellón ceñido y su taparrabos de cuero, Elías es una especie de nuevo Adán. Pero no es un Adán que se esconde. Es un Adán que camina hacia la montaña de Dios. Caminará cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, como Moisés estuvo cuarenta días y cuarenta noches en compañía de su Dios en la montaña. Y como Moisés, después de días de duda y cansancio, encontrará a su Dios.

Después del fruto del árbol, «seductor para la vista», después de las manos de Isaac que sustituían a sus ojos cansados, después del Arca del Señor y su centro, el sanctasanctórum, oculto a la vista, con Elías el tema de la vista vuelve a estar presente:

¿Quién puede soportar la mirada de Dios? Elías, nuestro nuevo Adán, acepta cubrirse el rostro para encontrar a su Dios.

Sube a la montaña, entra en una cueva para pasar la noche. «Y he aquí, que Yaveh pasaba» (1 Re 19,11).

El Señor le dijo: «Sal y ponte en el monte ante Yahveh». Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahveh en el temblor. Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva (1 Re 19,11-13).

Elías, en versículos anteriores, había competido con los profetas de Jezabel, su enemiga, haciendo sacrificios e implorando a Dios para que viniera a prender fuego. Y fue escuchado. Sin embargo, descubre que «el Señor no estaba en el fuego». Cuando reconoce la voz de Dios, una «voz silenciosa», según la traducción de Lévinas, no hace como Adán, no se esconde, sino que se cubre el rostro con su manto y se coloca ante su Dios.

Elías es un Adán que usa su manto de piel para cubrir su rostro y no mirar de frente a su Dios, como los judíos practicantes envuelven sus rostros con el chal de la oración, el *talit*. Elías es el Adán sanado. Renuncia a la concupiscencia de la vista. No intenta dominar a Dios. Sabe que debe callar para escuchar el susurro del silencio y que, para ver a Dios, es necesario cerrar los ojos. Solamente podemos abrirlos ante la cruz.

JUAN EL BAUTISTA

Nos queda buscar las pieles de animal en el Nuevo Testamento. Gracias a las concordancias, sorprende constatar que solo Juan Bautista se viste de piel. «Este Juan iba vestido de pelo de camello, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre» (Mt 3,4).

Al alabar la fe de los profetas de la primera Alianza, la carta a los Hebreos insiste:

Fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de los que no era digno el mundo!, errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra (Heb 11,37-38).

Una vez que llega Jesús no hay más piel de animal, ni lana de cabra, ni nada que se le parezca. Una vez que Cristo se ha revestido de nuestra carne, ya no hay necesidad de piel de animal para cubrir la vergüenza, simplemente porque no hay vergüenza para quien lo

mira.

Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza. [...] Aquel día se avergonzarán los profetas, cada cual de su visión, cuando profeticen, y no se vestirán el manto de pelo con ánimos de mentir (Zac 13,1-4).

Juan el Bautista, el más grande de los profetas de la primera Alianza, vestido con piel de animal, no es el Mesías. No es Elías ni Moisés. Es Adán, pero un Adán sanado, que ya no necesita esconderse, un Adán que ya no necesita caminar hacia su Dios durante cuarenta días o cuarenta años, porque de ahora en adelante, es su Dios quien camina hacia él. El cielo se abre para Adán, para Juan y para todos, y la voz nombra al Hijo, e indirectamente a cada uno de nosotros: «Este es mi hijo amado».

Después de Juan el Bautista, después de la inmersión de Jesús, nadie tendrá que vestirse con piel de animal. El cuero protegía. Ante Cristo estamos sin protección pues Él es nuestra protección. El templo a partir de ahora es la carne del ser humano, su vida. Todos, definitivamente, somos hijas e hijos amados del Padre.

MIDRASH RABBAH, *Gènesis*, t. I, Verdier, Paris 1987, p. 235.

CIRILO DE JERUSALÉN, *Catéchèses mystagogiques*, 2, 2, en A. G. HAMMAN (dir.). *L'Initiation chrétienne*, Grasset, Paris 1963, p. 41. (Trad. esp.: *Catequesis*, Ciudad Nueva, Madrid 2006).

JERÓNIMO, *Lettres III*, «Lettre à Fabiola», 64, 19, Les Belles Lettres, Paris 1953, p. 135. (Trad. esp.: *Obras completas de San Jerónimo. Xa: Epistolario I (Cartas 1-85**)*, BAC, Madrid 2013).

4 ¿CUBRIR O DESCUBRIR?

Al meditar sobre las túnicas y sus significados, descubrimos un enfoque completamente inesperado del pecado. Mientras que el gesto de misericordia es cubrir la vergüenza del otro, en la Biblia el gesto acusador es descubrir esta vergüenza, proclamarla, dejarla «al desnudo». Es violencia, violación, profanación.

Noé

En el capítulo 6 del Génesis encontramos un nuevo relato de la creación. El Creador pide a Noé que prepare un arca, hecha de madera de ciprés, para albergar a todos los seres vivos que Dios quiere proteger del diluvio. Noé, a su vez, retoma la historia de Adán. Dios pide a Noé que unte el arca, por dentro y por fuera. Pero la palabra unta, cuya raíz hebrea es *KPPR*, ofrece todo el campo semántico del perdón de Dios, *kippur*, entendido como encubrimiento del pecado. Noé está al abrigo en el arca, recubierto por el gran perdón de Dios, a quien le duele el mal que iba a hacer a su creación. Pero una vez fuera del arca, Noé no está fuera de peligro:

Noé se dedicó a la labranza y plantó una viña. Bebió del vino, se embriagó, y quedó desnudo en medio de su tienda. Vio Cam, padre de Canaán, la desnudez de su padre, y avisó a sus dos hermanos. Entonces Sem y Jafet tomaron el manto, se lo echaron al hombro los dos, y andando hacia atrás, vueltas las caras, cubrieron la desnudez de su padre sin verla. Cuando despertó Noé de su embriaguez y supo lo que había hecho con él su hijo menor, dijo: «¡Maldito sea Canaán! ¡Siervo de siervos sea para sus hermanos!» Y dijo: «¡Bendito sea Yahveh, el Dios de Sem, ¡y sea Canaán esclavo suyo!» (Gén 9,20-26).

Noé, «hombre del linaje de Adán», nuevo Adán, está desnudo como él después de haber comido, no un fruto prohibido, sino un fruto que hace perder la cabeza, el fruto de la vid, el vino. «La historia se traba», comenta Delphine Horviller. Pero en este caso hay una doble desnudez: la desnudez del cuerpo y la desnudez de la embriaguez, de la vulnerabilidad y quizás de la vergüenza. En la cultura bíblica, ver la desnudez del padre es similar al incesto (cfr. Lev 18,6-16). Si Dios, en su misericordia, había cubierto a

Adán con una túnica de piel, esta vez son los hijos de Noé, Sem y Jafet, quienes asumen este papel, cubriendo la desnudez de su padre con una capa, sin mirarla y sin pronunciar palabra.

Adán sabe que está desnudo. [...] En su embriaguez, Noé ya no se sabe desnudo. Interpreta la escena de los orígenes al revés. [...] Pero la historia no se escribe inocentemente y la sentencia bíblica es terrible. Cuando la tentación fusional asume el control, la piel es arrancada. Entonces surge el trauma. En este segundo relato del Génesis, el pudor es de nuevo el reconocimiento implícito de que el otro es distinto. Esta separación no es culpable, sino necesaria. Querer desvelar completamente al otro es violarlo¹.

¿Cuál es el error del tercer hijo, Cam? Cam, ¿no debería ver o no debería decir? Quizás lo uno y lo otro, pues cuando profundizamos en la noción de secreto, cerrar los ojos y cerrar la boca siempre van unidos.

En la fiesta de Kippur, por la tarde, los judíos leen Lev 18,1-30, y toda la letanía sobre el incesto que comienza: «Nadie se acercará a su pariente para descubrir [*GaLaH*] la desnudez. Yo soy el Señor [*Yahveh*]». Es llamativo que la prohibición no se exprese en términos de relaciones sexuales, sino en términos de impudor. La culpa consiste en descubrir la desnudez. Aquí encontramos la expresión que se usa para nombrar la falta de Cam, que había «descubierto» la desnudez de su padre y la hizo pública. Por extensión, la raíz *GLH* también es «ir al exilio», «ser deportado» o «estar sin hogar». El libro de los Proverbios añade: «El que divulga [*GaLaH*] los secretos comete una traición» (Pr 20,19).

Hay, por lo tanto, una especie de tensión dialéctica: el pecado por excelencia sería «descubrir la desnudez», y la misericordia por excelencia sería «cubrir la desnudez» y *a fortiori* «cubrir la culpa». Esto es la misericordia: cerrar los ojos, no sucumbir a la lujuria, fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, cerrar los ojos para no juzgar. Renunciar a conocer el origen, para recibirlo como un don misterioso. Cubrir la desnudez del otro y así cubrir su falta, esperando con fuerza que, si el otro no hace lo mismo conmigo, al menos Dios no descubra mi desnudez, sino que cubra mi culpa. Cubrir la desnudez y callarse, como los hijos de Noé, respetuosos con su padre.

PALABRAS HEBREAS PARA DECIR MISERICORDIA Y PERDÓN

Misericordia

Misericordia y perdón no significan exactamente lo mismo. La misericordia de Dios no es una «respuesta» a nuestra miseria, sino la bondad de Dios que precede todo. Es el

gesto de Dios que se entrega. Si «misericordia» se parece a «miseria», no es porque Dios, en su bondad, se incline desde lo alto para socorrernos en nuestra miseria, sino porque él, Dios, elige «vaciar de sí» (ver Flp 2), para vivir con nosotros. La verdadera pobreza es la que Dios asume para sí mismo, es la expresión de su amor por nosotros. La misericordia de Dios, según el padre Jean-Joseph Lataste, es al mismo tiempo la mano que protege de la caída al que no llega a caer y la mano que levanta al que ha caído. En definitiva, la misericordia es la bondad original de Dios para todos, y que el hebreo caracteriza de tres maneras.

La misericordia de Dios es, en primer lugar, su fidelidad. La palabra *hèsèd* expresa la fidelidad de Dios a su Alianza, la firmeza de Dios que permanece solidario con el ser humano, haga lo que haga, como leemos en la antifona del Salmo 136: «Porque eterno es su amor». *Hèsèd* se traduce a menudo como «amor», término del que procede la palabra griega *éleos*, que se encuentra en *Kyrie eleison*: «Señor, muéstranos tu misericordia».

Además, la misericordia de Dios es el estremecimiento de sus entrañas, de la palabra hebrea *rahamim*, «las entrañas». La raíz *RHM* evoca el seno materno (*rehem*) y la emoción que siente la mujer. No estamos en absoluto en un registro objetivo. Las entrañas de Dios se comparan con el afecto que una madre puede sentir por su criatura. Toda la profundidad de la ternura de Dios se manifiesta en esta expresión tan femenina. Dios sufre, Dios se inquieta, Dios llora, Dios tiembla. Y el nombre del estremecimiento de Dios, el nombre de sus entrañas es «Jesús el Cristo».

Finalmente, *nehama*, de la raíz *NHM* significa el «arrepentimiento de Dios». No es una idea simple, sino que va hasta el fondo de la misericordia. Cuando este término se pone en boca de Dios, significa que Dios se arrepiente, que Dios salva.

Cuando califica al hombre es para decir que el hombre es consolado. (Cuando el hombre se arrepiente se usa otra palabra). El arrepentimiento de Dios es la consolación del hombre.

Nehama es precisamente la posibilidad de revocar, de deshacer lo que el mal ha podido hacer a través del tiempo, para anular de alguna manera el curso del tiempo. Dios puede hacerlo de nuevo a partir de la petición explícita del hombre².

Numerosos ejemplos ilustran este «arrepentimiento» de Dios. Lo encontramos después del episodio del becerro de oro, al final del libro del Éxodo: «El Señor renunció a la amenaza que había pronunciado contra su pueblo» (Ex 32,14). Y encontramos esta expresión especialmente en el libro de Jonás.

Jonás no mostró mucho entusiasmo en la conversión de los ninivitas (ya que fue en dirección opuesta a la que Dios le había indicado) y sufrió alguna que otra desventura al huir de su misión. Quiso cruzar el mar, pero como la tormenta no se calmaba, acabó por confesar a los marineros que quizás él era el causante del desastre, y terminó en el vientre de un pez grande. Sin embargo, Dios, que no pierde ninguna ocasión, le permitió salir de esos tres días infernales, vividos en las entrañas de la muerte, para ir al encuentro de los ninivitas y que pudieran convertirse. Tímidamente, Jonás va, pero sin vagar por ahí. El texto precisa que, aunque eran necesarios varios días para recorrer la ciudad, un día fue suficiente para Jonás. Y los ninivitas finalmente se convirtieron. «Vio Dios sus obras y que se habían convertido de su mala vida y se arrepintió de la catástrofe con que había amenazado a Nínive y no la ejecutó» (Jon 3,10). Jonás furioso, convencido de que tenía razones para huir, le reprocha a Dios que cambie de opinión todo el tiempo.

Jonás, se disgustó mucho por esto y se irritó; y oró a Yahveh diciendo: «¡Ah, Yahveh!, ¿no es esto lo que yo decía cuando estaba todavía en mi tierra? Fue por eso por lo que me apresuré a huir a Tarsis. Porque bien sabía yo que tú eres un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor, que se arrepiente del mal» (Jon 4,1-2).

Es la noción de *Nehama* la que pone furioso a Jonás. Él no soporta la idea de que el mal pueda perdonarse tan fácilmente. Nos conviene profundizar en la comprensión de este *Nehama*, porque no es fácil. Cuando leemos que «Dios renunció al mal con que Él los había amenazado», debemos comprender que Dios sufre por haber condenado. Le duele el mal que había decidido hacerles. Sus entrañas, sus *rahamim*, se conmueven cuando el ser humano se arrepiente. En un excelente comentario sobre el libro de Jonás, Jacques Ellul afirma que, por el *Nehama*, «Dios asume el mal, que era el precio del pecado del hombre. El arrepentimiento de Dios significa que hace caer el juicio sobre sí mismo». ¿Cómo no vamos a vislumbrar la figura de Cristo? Porque esta *Nehama* se cumple en plenitud en Cristo, que asume todos los juicios y acusaciones para liberarnos. «En realidad, el arrepentimiento de Dios, ante el arrepentimiento del hombre, es Jesús el Cristo»³.

Perdón, absolución

Para expresar perdón, la Biblia utiliza varias palabras, dependiendo de si la culpa fue cometida voluntariamente o no. Los rabinos distinguen las faltas inadvertidas, las intencionales (transgresión) y la rebelión contra Dios (pecado), basándose especialmente en el Éxodo, en el que se dice que Dios soporta «culpa, transgresión, pecado» (Ex 34,7).

A estos diferentes tipos de faltas corresponden diferentes tipos de sacrificios en el Levítico (ver Lev 6 y 7) y diferentes expresiones para pedir perdón, entre ellas una muy particular, *Kappara*. Aún hoy, tres veces al día, los judíos practicantes pronuncian una oración para pedir el perdón de Dios, pero la oración para pedir el gran perdón sólo se enuncia una vez al año, con ocasión de la fiesta del gran perdón, el Kippur.

Esta celebración, la *Kappara*, ofrece a los creyentes que la celebran una experiencia colectiva en la que se protegen y refugian a la sombra del Altísimo. Se trata de «cubrirse ante Dios o cubrir a Dios para acercarse a él»⁴. La *Kappara*, como el Kippur, proviene de la raíz hebrea KPPR que significa «recubrir». Esta raíz aparece catorce veces en el capítulo 16 del Levítico, consagrado al gran perdón. Es una de las palabras más importantes para entender el significado del perdón de Dios en la tradición judeocristiana, ya que celebra el hecho de que, desde la túnica de Adán, Dios cubre la culpa de quien acude a él.

Vivir así el perdón es dejarse cubrir por Dios, refugiarse en la sombra de su grandeza, entrar en la nube. Emmanuel Lévinas apuntó que, tanto en francés como en alemán, la palabra «perdón» rima con «don», mientras que, en hebreo, el perdón no es un don sino un recubrimiento que se hace absolución, un perdón irrevocable, que no se puede retirar, que no puede destruirse⁵. La celebración de la *Kappara* significa el regreso a Dios, el retorno del ser (la *teshuvá*). La oración reemplaza al sacrificio. La comunidad confiesa públicamente en voz alta las faltas de todos ante Dios pues la culpa también es colectiva. Se enumeran todas las posibles faltas, «incluidas las faltas que quien las confiesa nunca ha cometido»⁶.

Hay en ello una intuición muy pertinente. El pueblo creyente, sea judío o cristiano, no puede dejar de solidarizarse con quien ha pecado y el mismo Cristo no se desolidarizará. Para que se salven todos, todos deben ser uno para lo mejor y para lo peor. Este es el «gran perdón». La comunidad que confiesa sus faltas en nombre de todos recibe el perdón de Dios. Así se celebra la unidad.

La *Kappara*, el verdadero perdón, borra completamente las consecuencias de la falta. Pero sólo la gracia divina es susceptible de eliminar las consecuencias que el pecado provoca en nosotros y en nuestro entorno⁷.

EL SIGNIFICADO DEL SECRETO: CUBRIR

Hay un velo que es necesario para la manifestación de la verdad. En la actualidad, se piensa que el secreto es algo que impide que la verdad se manifieste y que para ello *debe* ser desvelado. En una época que reivindica la transparencia, es difícil comprender que haya cosas protegidas bajo un velo. El secreto de la confesión, el secreto médico, el secreto de los abogados, serían obstáculos a la transparencia necesaria para *saber* la verdad. Pero el secreto no es un conocimiento objetivo que preservaríamos de la mirada ajena.

No hay contenido del que seamos propietarios o depositarios (la Sra. X es portadora del virus de la hepatitis B). Este o aquel no está en la cárcel por un conocimiento objetivo de los hechos. La verdad no es la exactitud. En su *Ética*, Dietrich Bonhoeffer cuenta una historia preciosa para ilustrar la cuestión de la verdad. Un niño tiene un padre alcohólico. Su maestra un día le pregunta delante de todos: «¿Es cierto que tu padre bebe?». El niño responde: «No». «¿Quién ha dicho la verdad?», pregunta Bonhoeffer. Y responde: el niño. En efecto, la verdad no es la adecuación entre el hecho (el padre alcohólico) y la frase, sino la relación del niño que ama a su padre. Él responde «no» porque ama a su padre. Y la maestra miente, porque a causa de esta pregunta, el niño se encuentra en un callejón sin salida: o traiciona a su padre o no dice la verdad. La maestra, que no tuvo en cuenta el vínculo del niño con su padre, no actuó en verdad. Esa es la mentira⁸.

Dicho de otro modo, la verdad es cubrir la desnudez del otro y la mentira es desvelarla. El secreto no es una cosa, ni un contenido «que debe ocultarse o guardarse para sí mismo. *El otro es secreto porque él es otro.* [...] Una singularidad es por esencia secreta»⁹, dice Derrida. En este sentido, la verdad no es la confesión. El secreto es no levantar el velo sobre lo que está por descubrir; es poner un velo sobre la vergüenza para proteger la inocencia de quien podría ser dañado por la venganza si esta llegara a estar «desnuda».

Los nuevos médicos hacen el juramento de Hipócrates:

Admitido(a) en la intimidad de la gente, callaré los secretos que me sean confiados. Recibido(a) en las casas, respetaré los secretos de los hogares y mi comportamiento no servirá para corromper las costumbres¹⁰.

El secreto es planteado como cerrar los ojos y cerrar la boca. El artículo 4 del *Código de deontología médica* dispone:

El secreto cubre todo lo que ha conocido el médico en el ejercicio de su profesión, es decir, no solo lo

que se le ha confiado, sino también lo que ha visto, escuchado o comprendido.

El secreto supone guardar para sí mismo lo que uno ha entendido (o malentendido), cerrar los ojos sobre lo que no se tiene que ver e incluso sobre lo que se ha pensado. Este itinerario es casi iniciático: se entra en él gradualmente y, mientras se va entrando, se crece en una cierta prudencia que evita charlar sobre lo incognoscible. El funcionario novato que comienza a trabajar en una prisión siente curiosidad por saber por qué este o aquel está allí, qué es lo que ha hecho. Pero poco a poco, esa curiosidad va desapareciendo. Gradualmente, «no decir lo que se ha visto» se transforma en «no ver lo que no hay que ver», o no hay que saber; se parece a lo que dice Lévinas: el color de los ojos del otro no está ahí para que tú lo conozcas; que es un modo de decir que el otro no está a nuestra disposición¹¹.

En la ley francesa, el secreto médico, tal y como se escribió en el código penal de 1810, es una especie de «copia y pega» del secreto de la confesión explicitada por el Concilio de Letrán IV en 1215. Tomás de Aquino, de forma muy clara, fundamenta el secreto de la confesión. En su comentario sobre las *Sentencias* de Pedro Lombardo, desarrolla la cuestión del sacramento de la penitencia y del secreto necesario de este sacramento. A la pregunta: «¿Un sacerdote está obligado siempre a ocultar lo que ha escuchado bajo secreto de confesión?». Él responde: «El sacerdote debe parecerse a Dios, de quien es ministro. Y Dios no revela los pecados que son desvelados en la confesión, sino que los cubre. El sacerdote, pues, no debe revelarlos»¹². Explica así su respuesta:

En los sacramentos, lo externo es signo de lo que está sucediendo en lo interior. Por lo cual, la confesión a un sacerdote es el signo de la [confesión] interior a Dios. *Dios cubre el pecado* de quien se somete a Él por la penitencia. Por lo tanto, ello debe ser significado en el sacramento de la penitencia. Por ello silenciar la confesión forma parte necesariamente del sacramento y quien la revela, peca al violar el sacramento¹³.

Siguiendo a Tomás de Aquino, el Maestro Eckhart también insistió en la misericordia de Dios, a quien no le interesa el pecado cometido en el pasado, sino el presente.

Quien esté verdaderamente centrado en la voluntad de Dios no debería desear no haber pecado. No porque el pecado fuera dirigido contra Dios, sino porque a través del pecado has experimentado más amor y te has abajado y humillado, solo por porque actuaste contra Dios. [...] Pero si el hombre se levanta totalmente del pecado y se aleja de él por completo, entonces el Dios fiel actúa como si el hombre nunca hubiera pecado, ni por un momento piensa en hacerle expiar todos sus pecados; aunque fueran tan numerosos como todos los de la humanidad, nunca Dios se lo recriminaria, y tendría tal intimidad con este hombre como nunca la tuvo con ninguna criatura. Si encuentra una buena

disposición, ya no presta atención a lo que ese hombre fue en el pasado. Dios es el Dios del presente.

Así te encuentra, así te recibe, así te toma; no como fuiste, sino como eres ahora¹⁴.

Esta concepción del perdón de Dios no es propia de la Edad Media, sino que está presente a lo largo de la historia de la Teología, ya que los Padres del desierto cuentan muchas historias en este mismo sentido. Un apotegma precioso ilustra esta misericordia divina:

Un monje cayó en la fornicación, durante tres años, y su *higúmeno* [su maestro espiritual] era *diorático* [dotado con el carisma de *diorasis*, la facultad mística de ver lo que, para los mortales comunes, es invisible] pero no podía saberlo.

Un día, el abate conoció su mala acción; le llamó y le dijo: «Dime dónde estabas esta noche y por qué irritas a Dios». Y cayó a sus pies y dijo: «He pecado delante de Dios, y ya hace tres años que estoy atrapado en esta acción impura». El abad dijo: «Pero, ¿qué estabas haciendo para que Dios me ocultara los males en los que fuiste atrapado?». Él dijo: «Cada noche, cuando iba a la acción impura, decía llorando, al salir y volver, los ocho cánones de salmos y los himnos de penitencia; pero esta noche el demonio malvado me ha vuelto descuidado, me ha desesperado y me ha dicho que mis oraciones eran inútiles. No me he acordado de Dios en absoluto y no he cantado los salmos». Y el abad dijo: «¡Bendita sea la misericordia de Dios, que no quiere la pérdida del hombre! Y ahora, ya que Dios no recordó tus acciones durante tres años, yo también te perdono por esta noche, por la misericordia de Dios». Y volvió a Dios, y se convirtió en un hombre perfecto a través de la penitencia y las buenas obras¹⁵.

Considerar el secreto como lo que oculta la falta es coherente con el texto bíblico. ¿Por qué no podemos considerar la túnica de piel de Adán como la marca del perdón de Dios? Su misericordia está presente desde el principio, para ocultar la vergüenza de Adán, para no pensar más en ella y olvidarla, cubriéndola con la piel de un cordero, animal inocente por excelencia. Creemos que el fundamento del secreto médico es el mismo: cubrir con un velo la vida del ser vulnerable, de modo que, si hay algo que pueda avergonzarle, nadie pueda juzgarlo. En este contexto, no juzgar es renunciar al conocimiento del bien y del mal.

D. HORVILLER, ob. cit., p. 90.

Rabino Daniel EPSTEIN, «Qui pardonne? Qui est pardonné?», *Une méditation d'après la tradition juive*, <http://www.chretiens-juifs.org/>

Jacques ELLUL, «Jonas», (1952), *Le Défi et le nouveau*, La Table ronde, Paris 2007, p. 124.

Monique SELZ, *La Pudeur un lieu de liberté*, Buchet Chastel, Paris 2003, p. 124.

«Hacerse judío en Kippur es entrar en el judaísmo por la puerta del perdón. Esta *teshuvá*, o transformación del ser, la vivió el gran filósofo Franz Rosenzweig al inicio del siglo XX la víspera de una conversión al cristianismo que ya no fue posible. Se puede decir que la *kappara*, el perdón, que tiene lugar en ese momento es indeleble lo que, en el sentido teológico del término, significa que no se pierde», Michaël DE SAINT CHÉRON, *Entretien avec Emmanuel Lévinas 1983-1994*, Livre de Poche, Paris 2010.

Max Warschawski, Gran rabino honorario de Estrasburgo y del Bajo Rin, «Les mots hébreux pour parler du pardon», publicado en *Yerushalaim* n° 11, (1996), <http://www.chretiens-juifs.org/>

Ibid.

BONHOEFFER, *Éthique*, p. 312.

Jacques DERRIDA, entrevista con Antoine Spire, *Le Monde de l'éducation* n° 282, septiembre 2000, <http://www.lemonde.fr/>

Juramento hipocrático actualizado por Bernard HOERNI, *Bulletin de l'Ordre des médecins*, n° 4 d'avril 1996.

Véase Emmanuel LÉVINAS, *Éthique et infini*, Livre de Poche, Paris 1982, p. 79. (Trad. esp.: *Ética e infinito*, Librería Antonio Machado, Madrid 2015).

TOMÁS DE AQUINO, *De Sententiae*, lib. IV, d. 21, q. 3, a. 1 qc. 1 s.c. 2.

Ibid. lib. IV, d 21, q. 3, a. 1 qc. 1 co. El subrayado es nuestro.

MAESTRO ECKHART, *Traités et sermons*, «Entretiens spirituels XII», GF, Paris, p. 97.

Sentencias de los padres del desierto, apotegmas traducidos del armenio, Solesmes, Arm. 1 622 (25) A.

5 PERSONAJES AL DESNUDO

En esta búsqueda guiada por el delgado hilo de una túnica, desplegada entre la desnudez y el vestido, se podría esperar que los «grandes» personajes bíblicos estuvieran elegantemente ataviados. Sin embargo, por varias razones, no es así. En el caso de Moisés, no se habla de ropa sino de un velo sobre su rostro. David se mostró ante los demás danzando. Un Job enfermo rasga sus vestidos y se queda desnudo. La novia del Cantar de los Cantares se desnuda para su prometido. Así pues, hay *distintas* desnudeces. Sin embargo, todas nos dicen algo de la relación que estos hombres y mujeres tejen con sus seres más cercanos.

MOISÉS

No sabemos nada del modo de vestir de Moisés. El sumo sacerdote, vestido con tejidos suntuosos, no es él, sino su hermano. Sin embargo, lo que recordamos de Moisés es la desnudez de su rostro. Veamos algunos momentos de su vida.

Cuando se encuentra con Dios por primera vez, se cubre el rostro. Cuando se desvía para ver el fuego que arde en la montaña de Dios, un fuego que arde pero no se consume, Moisés es llamado por Dios, y le pide que se quite las sandalias. «Moisés se tapó la cara, temeroso de mirar a Dios» (Ex 3,6). Toda la historia de Moisés con su Dios está marcada por este velo. Siendo joven, oculta su rostro ante Dios, pero el Dios que descubre le enseñará a hablar y gradualmente a hablarle cara a cara; sólo entonces Moisés cubrirá su rostro ante los humanos.

El recogimiento y el ocultamiento son las características del pudor y del secreto. El primer encuentro entre Dios y Moisés es tan ardiente que puede quemar los ojos (Pablo, después de su encuentro con Cristo en el camino de Damasco, se queda ciego durante tres días). Taparse los ojos es, de alguna manera, ver sin atrapar. Quitarse las sandalias puede indicar cierta desnudez, pero también que ya no es necesario caminar más para

encontrar a Dios.

Más tarde, cuando sube a la montaña por primera vez para recibir de Dios las tablas de la Ley, Moisés no cubre su rostro, sino que una nube cubre la montaña y protege el encuentro entre Dios y Moisés.

Y subió Moisés al monte. La nube cubrió el monte. La gloria de Yahveh descansó sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día, llamó Yahveh a Moisés de en medio de la nube. La gloria de Yahveh aparecía a la vista de los hijos de Israel como fuego devorador sobre la cumbre del monte. Moisés entró dentro de la nube y subió al monte. Y permaneció Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches (Ex 24,15-18).

Como Moisés tarda en volver, los hebreos funden todas sus riquezas y, con ese oro, se hacen un becerro. Entonces Moisés reprendió al pueblo e intercedió ante Dios en la tienda del encuentro. Sin embargo, la intimidad entre Moisés y Dios ha crecido considerablemente. En el campamento, «el Señor [Yahveh] habló a Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo» (Ex 33,11). Como resultado de este doloroso episodio, Moisés pide ayuda a su Dios: «Moisés le dijo a Yahveh: Mira, tú me has dicho que guíe a este pueblo, pero no me has comunicado a quién me das como auxiliar» (Ex 33,12). Pero Dios responde: «Yo en persona iré caminando para llevarte al descanso» (Ex 33,13). Entonces Moisés hace esta insensata petición: «Déjame ver tu gloria!» (Ex 33,18). Dios accede a la petición de Moisés, pero especifica sus condiciones:

Entonces dijo Moisés: «Déjame ver tu gloria». Él le contestó: «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahveh; pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia». Y añadió: «Pero mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo». Luego dijo Yahveh: «Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver» (Ex 33,18-23).

Moisés subió de nuevo al Horeb para encontrarse con su Dios. «El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí» (Ex 34,5). El Deuteronomio nos dice que «ya no había un profeta en Israel como Moisés, a quien el Señor [Yahveh] conoció cara a cara» (Ex 34,10). ¿Qué significa este cara a cara? No es una modalidad del ver. Es lo opuesto a escrutar. Para que se dé este encuentro, se necesita un velo, o la mano de Dios que cubre a Moisés para protegerlo, hasta que Dios pase. Este cara a cara es una presencia, vivificada por la palabra y el silencio que habitan entre Moisés y su Dios. Después de los cuarenta días que dura el encuentro, Moisés vuelve a bajar y «no sabía que su cara estaba

radiante por haber hablado con el Señor» (Ex 34,29).

Luego, bajó Moisés del monte Sinaí y, cuando bajó del monte con las dos tablas de la Alianza en su mano, no sabía que la piel de su rostro se había vuelto radiante, por haber hablado con él. Aarón y todos los israelitas miraron a Moisés, y al ver que la piel de su rostro irradiaba, temían acercarse a él. Moisés los llamó. Aarón y todos los jefes de la comunidad se volvieron a él y Moisés habló con ellos. Se acercaron a continuación todos los israelitas y él les conminó cuanto Yahveh le había dicho en el monte Sinaí. Cuando Moisés acabó de hablar con ellos, se puso un velo sobre el rostro. Siempre que Moisés se presentaba delante de Yahveh para hablar con él, se quitaba el velo hasta que salía, y al salir decía a los israelitas lo que Yahveh había ordenado. Los israelitas veían entonces que el rostro de Moisés irradiaba, y Moisés cubría de nuevo su rostro hasta que entraba a hablar con Yahveh (Ex 34,29-35).

Moisés no es el primero en hablar «cara a cara» con Dios. Jacob, después de la pelea en el remanso de Yabboq, llamó al lugar Penuel, pues dice: «He visto a Dios cara a cara y he quedado vivo» (Gén 32,31). Pero en toda la primera Alianza no hay más encuentros de tal intensidad entre un hombre y su Dios. El que habla cara a cara con Dios «como un amigo le habla a su amigo» está iluminado. Pero si Moisés mira a Dios, significa que primero Dios ha mirado a Moisés. Aunque cometió un asesinato, Moisés no siente vergüenza cuando se dirige a su Dios. El que no sabía hablar, no teme conversar con su Dios, interrogarlo, pedirle consejo, interceder por su pueblo, pedirle a Dios todo lo que necesitaba. Y su Dios le ha enseñado a hablar.

Cuando desciende por primera vez con las tablas de piedra grabadas por Dios, Moisés no tiene aún la cara deslumbrante que tendrá más tarde. La verdadera transformación de Moisés se produce cuando sube por segunda vez al encuentro con Dios, después de haber sufrido la decepción de ver a su pueblo tan inconstante, pero al que sin embargo no puede abandonar. Sin duda, Moisés comienza a entender qué es la misericordia cuando intercede ante su Dios para ayudar a su pueblo de dura cerviz a no caer en la idolatría. Me gusta leer en este fragmento que si esta segunda vez es Moisés (y no Dios) el que escribe sobre la piedra para grabar la ley, es porque Dios ha grabado ya su ley en el corazón de Moisés. Su rostro ha sido transfigurado. Moisés ya no tiene necesidad de ver la tierra prometida pues ha visto el rostro de Dios.

El velo mitiga esta luz para los que no están preparados para recibirla. El hombre de la primera Alianza que somos todos nosotros aún tiene dificultad para soportar la luz del que habla cara a cara con Dios. A nosotros, hombres y mujeres aún *de* la primera Alianza y *del* Evangelio, nos resulta difícil soportar el sentido de la palabra de los que existencialmente han entendido lo que es estar salvados. Recuerdo a una mujer que

acompañé durante mucho tiempo en la cárcel. Al final de su estancia, ella sabía, probablemente mejor que yo, lo que era importante en su vida y lo que no lo era. Ella desprendía cierta claridad de visión y agudeza de palabra: ella sabía ya «dónde vivía».

Pero esta experiencia es única, personal, secreta. El velo con el que Moisés cubre su rostro manifiesta este secreto. Es el secreto de su conversación con su Dios. Cualquier conversación entre un hombre y su Dios debe permanecer protegida en este secreto. Este velo sobre el rostro de Moisés muestra el gran amor de este hombre por su Dios, evidencia la verdad de la vida de Moisés, hubiera hecho lo que hubiera hecho. Como dice el Maestro Eckhart: «¡Dios es el Dios del presente!».

Finalmente, este velo también nos recuerda que ya no necesitaremos velo cuando contemplemos el rostro de Jesús, crucificado, herido, roto. El velo del templo se rasgará. No habrá necesidad de nube o incienso, una vez al año, para ocultar la gloria de Dios. Solo así podremos ver a Dios cara a cara sin temblar, sin vergüenza, porque él es el culpable entre los culpables, definitivamente confundido con nosotros.

Pablo, en la segunda carta a los Corintios, insiste sobre esto a propósito de la lógica del «¡cuánto más!». Si Moisés, depositario de la Ley, tenía un rostro radiante, ¡cuánto más el Espíritu, depositado en nosotros, hará que nuestras vidas resplandezcan!

Que si el ministerio de la muerte, grabado con letras sobre tablas de piedra, resultó glorioso hasta el punto de no poder los hijos de Israel fijar su vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, aunque pasajera, ¡cuánto más glorioso no será el ministerio del Espíritu! (2 Cor 3,7-8).

Podemos decir que Moisés hizo misteriosamente la experiencia del Espíritu del Resucitado, experiencia de gracia y libertad. Él, que había sido un asesino, descendió de la montaña con el rostro descubierto.

Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad. Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu (2 Cor 3,17-18).

Moisés nos indica el camino para dejar que Dios grave en nuestro más profundo ser la única ley que existe, una ley de caridad.

Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Gál 5,14).

DAVID: «DANZO POR EL SEÑOR»

El otro personaje eminente de cuya túnica no se habla, incluso buscando bien, es David. Vale la pena detenernos en tres episodios:

Cuando el rey Saúl, celoso, quiere matar al joven David que aún no es rey, su esposa Mical (hija de Saúl) coloca en su cama un muñeco de pelo de cabra y lo ayuda a escapar por la ventana. «Mical cogió luego el ídolo, lo echó en la cama, puso en la cabecera un cojín de pelo de cabra y lo tapó con una colcha» (1 Sam 19,13). Los mensajeros de Saúl, cuando llegan para secuestrar a David, se enfurecen cuando descubren el subterfugio. David no se viste con pelo de animal. Si hay pelo de animal, significa que David no está allí.

Es relevante un segundo episodio de la vida de David. Al comienzo de su reinado, no quería guardar el Arca del Señor en su casa y la llevó a casa de su primo Obed-Edom para que estuviese allí. (Cualquier parecido con la Virgen María, también llamada «Arca del Señor» no es fortuita¹). Al cabo de tres meses, va a buscar el Arca a casa de su primo para llevarla «con gran júbilo» a la ciudad de David.

David danzaba y giraba con todas sus fuerzas ante Yahveh, ceñido de un efod de lino. David y toda la casa de Israel hacían subir el Arca de Yahveh entre clamores y resonar de cuernos. Cuando el Arca de Yahveh entró en la Ciudad de David, Mical, hija de Saúl, que estaba mirando por la ventana, vio al rey David saltando y girando ante Yahveh y le despreció en su corazón (2 Sam 6,14-16).

Volvemos a encontrar el dúo desprecio-desnudez. El desprecio de Mical nace de su manera de juzgar el bien y el mal. David, por el contrario, vestido de lino, danza ante su Dios, con esa inocencia original que imposibilita sentir vergüenza. Mical no soporta la vitalidad de David, embriagada por su alegría y la cercanía con el pueblo. «¡Cómo se ha lucido el rey de Israel, desnudándose a la vista de las criadas y de sus ministros como lo haría un bufón cualquiera!» (2 Sam 6,20). Esta alegría de David es como la luz que emanaba del rostro de Moisés: los que no podían soportarla necesitaban un velo. Pero David asume su conducta y dice a Mical: este desprecio, esta forma de juzgar el bien y el mal, mata.

Respondió David a Mical: «En presencia de Yahveh danzo yo. Vive Yahveh, el que me ha preferido a tu padre y a toda tu casa para constituirme caudillo de Israel, el pueblo de Yahveh, que yo danzaré ante Yahveh, y me haré más vil todavía; seré vil a tus ojos, pero seré honrado ante las criadas de que hablas» (2 Sam 6,21-22).

No es la apariencia lo que cuenta. Hay muchas sirvientas que son más reinas que las reinas. Lo que se juzga es la forma de mirar a unos y a otros. Si no hay amor en esta

mirada, si no hay relación, «está muerta». Y el texto bíblico concluye que «Mical, la hija de Saúl, no tuvo hijos hasta el día de su muerte» (2 Sam 6,23).

La desnudez de David no es un problema, sin duda porque la desnudez en la Biblia no es un problema cuando el desnudo comunica con su verdad más profunda, con su inocencia más íntima. Por eso el paño de lino es una especie de equivalencia con esta desnudez. No intenta cubrir una vergüenza, y quizá sea esa la acusación de Mical. Ella ve en David un motivo de vergüenza que no existe.

La tercera escena tiene lugar más tarde, cuando David, como ha escrito Philippe Lefebvre, traza el perfil de lo que es un mesías². Tiene un conflicto con su hijo Absalón. Envió a dos siervos para que trajeran el Arca del Señor a Jerusalén. Todo el pueblo llora. Y él, David, sube también a la ciudad santa. «David subió la cuesta de los Olivos; subía llorando, la cabeza cubierta y los pies descalzos. Y todos sus acompañantes llevaban cubierta la cabeza, y subían llorando» (2 Sam 15,30). Con los pies descalzos el rey David, el mesías David, sube a Jerusalén por la cuesta de los Olivos como más tarde lo hará el Mesías, y un hombre va a su encuentro, en duelo y con la túnica rasgada. «Cuando David llegó al humilladero que había en la cima, salió a su encuentro Jusay, el arquita, rasgada la túnica y con polvo en la cabeza» (2 Sam 15,32).

Pero, aunque David está de luto, no se menciona una túnica rasgada. Incluso en los peores momentos, incluso cuando las personas que lo rodean, en señal de luto y penitencia, se rasgan la túnica, incluso cuando expía su culpa después del asesinato de Urías y toma conciencia gracias al profeta Natán (2 Sam 12), David no se rasga sus vestiduras. David, siempre con una túnica intacta, nunca vestido con piel de animal, comienza ya a pintar el retrato de Jesucristo.

LA NOVIA DEL CANTAR

«Ya me quité la túnica, ¿cómo voy a ponérmela de nuevo?» (Cant 5,3). La novia del Cantar de los Cantares ha inspirado a los Padres de la Iglesia. Gregorio de Nisa cree que la novia, a imagen del recién bautizado, abandona definitivamente su túnica de piel. La novia se quitó «esa túnica de piel que se había puesto después del pecado». Entonces puede exclamar: «Ahora, debido a la justicia que me amó de nuevo, me volví hermosa y luminosa»³.

En mi opinión, la novia es como Moisés y David. El amor la purifica de todo lo que no

es Dios y, al mismo tiempo, de todo lo que no es ella, pues somos más nosotros mismos cuando estamos unidos con Dios. Su desnudez no es vergonzosa e ignora absolutamente la vergüenza, ya que es amada. «Ya me lavé los pies, ¿cómo voy a mancharlos otra vez?» (Cant 5,3). Quizás podríamos leer paralelamente la primera Epístola de Juan para comprender el poder purificador, iluminativo y unitivo del amor. Porque solo hay un amor: el amor de Dios y el amor humano son el único y mismo amor. «Todo el que permanece en Él, no peca» (1 Jn 3,6). «Amigos míos amémonos, porque el amor viene de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1 Jn 4,7).

Siempre que amamos, como podemos (y quien juzgue se encuentra fuera de esta fuente de vida), estamos arraigados en nuestra identidad más profunda y real, sin juicio, sin condena, enraizados en nuestra inocencia original, esta inocencia nunca cuestionada y que, aunque a veces oculta, nos espera.

LA DESNUDEZ DE JOB

En Job se da otro tipo de desnudez. Se trata más de una historia de piel que de desnudez. El libro de Job, con el Levítico, contiene la mayoría de las variantes de la palabra «piel» (*ôr*).

En su primera prueba, después de enterarse de la pérdida de todas sus posesiones, Job rasga su manto (Job 1,20), se afeita la cabeza, cae al suelo, se postra y dice: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor» (Job 1,21). Y el texto precisa: «En todo esto, Job no pecó, y no protestó contra Dios» (Job 1,22).

En su segunda prueba, su cuerpo se ve afectado por una enfermedad de la piel. Dios había puesto un límite al acusador Satanás: «Haz lo que quieras con él, pero respétale la vida [*nefesh*]». «Y Satanás marchó e hirió a Job con llagas malignas desde la planta del pie a la coronilla» (Job 2,7). «Job cogió una tejuela para rasparse con ella, sentado en tierra entre la basura para rascarse y se acomodó entre las cenizas» (Job 2,8).

¿Job es como Noé, revelado por Satán, el acusador? Puede ser. La única marca de Job es que, aunque está de luto por su integridad, no se avergüenza. Job es ejemplar. Está desnudo. Su piel, no protegida por nada, está enferma. En cierta manera, a los ojos de sus amigos, su piel le acusa. Y sin embargo Job reivindica su inocencia.

¡Aunque sabes muy bien que yo no soy culpable, y que nadie me puede de tus manos librar! Tus manos

me formaron, me plasmaron, ¡y luego, en arrebatado, quieres destruirme! Recuerda que me hiciste como se amasa el barro, y que al polvo has de devolverme. ¿No me vertiste como leche y me cuajaste como queso? De piel y de carne me vestiste y me tejiste de huesos y de nervios. Luego con la vida me agraciaste y tu solicitud cuidó mi aliento (Job 10,7-12).

La constancia de Job al proclamar su inocencia es insoportable para los de su entorno. Bildad de Shuah insinúa que se está engañando: «La luz del malvado se apaga y no brilla la llama de su hogar» (Job 18,5). «[...] Devora el mal su piel, el Primogénito de la Muerte roe sus miembros» (Job 18,13). «[...] Tal es la morada del malvado, el lugar del que no reconoce a Dios» (Job 18,21). Al menos, está claro: Satán el acusador, el Adversario (como le llama la Nueva Biblia Segond) no necesita estar allí. Job está clasificado en la categoría de «malvado». Y Job, que nunca maldice a Dios, responde con fuerza:

¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá en monumento se grabaran, y con punzón de hierro y buril, para siempre en la roca se esculpieran! Yo sé que mi Defensor está vivo, y que él, el último, se levantará sobre el polvo. Tras mi despertar me alzaré junto a él, y con mi propia carne veré a Dios. Yo, sí, yo mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro. ¡Dentro de mí languidecen mis entrañas! (Job 19,23-27).

Me gusta interpretar que detrás de su piel enferma, está su piel de carne, esa piel de inocencia desde la cual puede ver a Dios, esa piel del fondo del ser que no ha sido tocada por el pecado de Adán y por el afán de conocer el bien y el mal sin contemplar a Dios. Job, que nunca ha perdido de vista a su Dios, conoce su inocencia, como podemos hoy conocerla en la mirada de Dios.

Job, desnudo, postula ante Dios y sus amigos no sentir vergüenza de lo que le está sucediendo. Y ello es intolerable para los supuestos acusadores que todos somos alguna vez. Por eso está desnudo. No necesita una túnica para ocultar la vergüenza. Está en carne viva, magullado, extremadamente dolorido, pero no se avergüenza porque reclama su inocencia, que le es concedida, ya que a quien habla es a Dios, aunque sea combatiendo, sin dejar un segundo de mirar a su defensor. «Pero sé que mi redentor está vivo. [...] Yo lo veré».

Al final, Dios invitará a Job a vestirse, a prepararse para la batalla: «Ciñe tus lomos como un hombre valiente» (Job 38,3 y 40,7), antes de reprender a los charlatanes: «Cuando el Señor terminó de decir esto a Job, se dirigió a Elifaz de Teman: “Estoy irritado contra ti y tus dos compañeros porque no habéis hablado rectamente de mí, como lo ha hecho mi siervo Job [...]. Por tanto, tomad siete novillos y siete carneros,

dirigiros a mi siervo Job, ofrézcanlos en holocausto y él intercederá por vosotros”» (Job 42,7-8). ¡Solo quien reclama su inocencia ante su Dios habla bien de él! El holocausto que el justo puede ofrecer no hace que se derrame sangre; se ofrece a sí mismo y su oración.

Las últimas palabras de Job a Dios recuerdan a Moisés: «Solo te conocía de oídas, pero ahora mis ojos te han visto», y Gustavo Gutiérrez traduce así el final del versículo: «por eso repudio y abandono el polvo y las cenizas» (Job 42,5-6)⁴. Job renuncia a la lamentación y a la amargura. Puede abandonar su desgracia pues se ha reencontrado con su Dios.

Aquí deberíamos detenernos sobre la piel. La piel es la conexión entre el interior y el exterior, es el espacio de nuestras relaciones con el mundo y los demás. En la cárcel, el motivo más común para acudir a la consulta del médico se debe a «problemas de piel». Accesos de acné, psoriasis y eccemas diversos nunca vistos en los libros de medicina, picazón, sensación de piel seca, etc. La piel es realmente el libro en el que se escribe el sufrimiento del confinamiento (confinamiento físico, psíquico, existencial...). ¿Qué les está pasando a estos hombres y mujeres? Cuando llegan a prisión están al descubierto, en el sentido estricto de la palabra. Desnudados y vistos. La vergüenza, la doble vergüenza (de la condena y de la desnudez) no está cubierta, lo que puede ser fuente de violencia infinita. ¿Puede ser que, para protegerse, la piel se cubra de lesiones múltiples, granos y costras?

Una de nuestras pacientes encarceladas, durante varios meses, tuvo lesiones cutáneas infectadas y dolorosas en diversas partes del cuerpo. Los dermatólogos habían concluido que eran lesiones autoinducidas, diagnóstico que no nos convencía. No sabíamos cómo tratarlo. Y un día, ella me dijo: «En mi piel rezuma es alma que sufre. Son las lágrimas que no puedo llorar». Y sin duda era eso. Pero no sabíamos cómo actuar porque no era ni un «problema orgánico», ni un «problema psiquiátrico», ni siquiera un «problema psicossomático», sino algo más general: su existencia encerrada entre muros rezumaba. Porque a menudo, el cuerpo toma la forma de lo que le sucede. No pudiendo llorar, grita a su manera. Después de su juicio, cuando supo cuánto tiempo permanecería encarcelada y cuándo podría salir, las lesiones se curaron paulatinamente.

En el Nuevo Testamento, aparte del vestido de Juan el Bautista, no aparece ninguna túnica de piel. Pero dos pequeños textos sorprendentes hablan de desnudez y de vestidos. La primera escena en la que se señala la desnudez se encuentra en el evangelio de Marcos, cuando Jesús acaba de ser detenido y todos huyen. Marcos cuenta esta historia sorprendente: «Un joven lo siguió, cubierto solo de un lienzo, y lo detuvieron; pero él, dejando el lienzo, huyó desnudo» (Mc 14,51-52). En otro lugar del Evangelio de Marcos, la palabra «lienzo» se traduce como «sudario» (cuando José de Arimatea envuelve a Jesús en un sudario, en Mc 15,46). Sí, este lienzo se parece mucho a un sudario.

He pensado mucho sobre este texto. Tal vez este joven somos nosotros. Estamos huyendo como los demás. Somos Adán después de la caída y antes de cubrirse, somos Adán, antes de la túnica de piel. Adán mismo, desnudo, que va a esconderse. Huimos dejando el sudario, como liberados de la muerte antes de tiempo. El sudario será para Cristo, que irá hasta la tumba para que podamos vivir.

He descubierto que la palabra griega utilizada para «hombre joven» se usaba también en un pasaje de Marcos sobre la resurrección.

Y entrando en el sepulcro vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dice: «No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el Crucificado; ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde le pusieron» (Mc 16,5-6).

Hay un hombre joven, sentado y vestido con una túnica blanca. No se dice que sea un ángel. Quizá sea el mismo joven después de su encuentro con el resucitado. El mismo joven ya vestido. ¿De qué vestido se trata? Quiero creer que este joven está vestido con la túnica de Cristo, está revestido de Cristo, compartiendo su victoria y, por ello, está sentado como Cristo Rey, vencedor en muchas escenas del Apocalipsis. Se ha producido un intercambio. Le dejamos el sudario y Él nos ofrece su túnica blanca. Creo que todos, en esta vida, podemos dejar de correr y huir desnudos, para ser revestidos con este vestido blanco, impecable, sin costuras. Enraizados en Él, fundamento de nuestra fe, podemos decir a todos: «¡No tengáis miedo!».

PEDRO SE VISTE PARA ZAMBULLIRSE

La segunda narración la encontramos en Juan, en la última aparición de Jesús a los suyos después de la resurrección:

Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Les preguntó

Jesús: «Muchachos, ¿no tenéis pescado?». Le contestaron: «No». Él les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: «Es el Señor», se puso el *vestido* —*pues estaba desnudo*— y se lanzó al mar (Jn 21,4-7).

Por lo general, hacemos lo contrario: nos desnudamos para saltar al agua. Entonces, ¿qué significa esto? La mención de la desnudez nunca es trivial. No quiere decir solo que es más fácil pescar estando desnudo. La palabra «vestido» (aquí *ependutes*) es única en el Nuevo Testamento. Proviene del verbo «revestirse» que se encuentra solo en un texto complicado de Pablo (2 Cor 5,1-4):

Porque sabemos que, si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos. Y así gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celeste, si es que nos encontramos vestidos, y no desnudos. ¡Sí!, los que estamos en esta tienda gemimos abrumados. No es que queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.

Estamos después de la resurrección. Y eso lo cambia todo. Pedro, desnudo, es una especie de Adán que ya no necesita esconderse. Se arroja al agua para encontrarse con su Señor. Pero para este encuentro, necesita estar «revestido». El vestido que se pone —¿qué vestido?— recubre su vida. Es una prenda que se pone por encima. No es una túnica de piel que solo pueda ocultar la vergüenza temporalmente. Es una prenda de vida que engulle lo que es mortal. Pedro, también, se revistió de Cristo, y esa túnica se la dio su Señor a la hora de su pasión. Él viene a cubrirlo y a hacerse uno con su piel, pues esta túnica es una verdadera piel. Una piel de misericordia. Es la «morada eterna, no hecha por mano humana», nuestra identidad más concreta, el lugar de nuestra semejanza con Dios, el resplandor de su imagen en nosotros.

Revestido con este manto de misericordia, Pedro puede ser enviado por su maestro como pastor del rebaño. Además, está instituido en la misericordia de Cristo. Preguntándole tres veces seguidas «¿Me amas?», enseña a Pedro a creer de verdad que su traición ya no existe para él. La Iglesia está instituida sobre esta misericordia y solo sobre ella. Y sin duda, los que nos llamamos cristianos, no acabamos de creer que es verdad, y que lo que Dios ama es el impulso de vida en cada uno de nosotros y en todos juntos, impulso que sólo pide desplegarse. El mismo impulso que empuja a Pedro a encontrarse con su Señor.

David danza delante del arca como el niño de Isabel danzará en su vientre cuando María vaya a pasar tres días en casa de su prima. Esta imagen que compara a María con el arca de la Alianza preside, por ejemplo, las vidrieras (de Martial Raysse y Jean-Dominique Fleury) que están en la iglesia de Notre-Dame de l'Arche d'Alliance, en París (distrito 15).

Véase, por ejemplo, Philippe LEFEBVRE, *Le Messie en famille. Saül, David, Jésus et leur entourage*, Lumen Vitae, Bruxelles 2000 o (con más detalles) *Livres de Samuel et récits de résurrection. Le messie ressuscité «selon les Écritures»*, Éd. du Cerf, Paris 2004.

GREGORIO DE NISA, *Homélies sur le Cantique, Sermon II*, Lessius, Bruxelles 2008, p. 73. (Trad. esp.: *Homilias sobre el Cantar de los Cantares*, BAC, Madrid 2001).

Gustavo GUTIÉRREZ, *Job, Parler de Dieu à partir de la souffrance de l'innocent*, Éd. du Cerf, Paris 1987, p. 144. (*Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente. Una reflexión sobre el libro de Job*, Sígueme, Salamanca 2006⁶).

6 LAS TÚNICAS PRECIOSAS

La túnica de Jesús evoca por excelencia las túnicas preciosas. Esas túnicas ornamentadas que encontramos en la Biblia, como la de José, la del sumo sacerdote o la del hijo pródigo, son siempre prendas que tienen un significado muy particular.

JOSÉ

El libro del Génesis narra que Israel amaba a José más que a todos sus otros hijos, porque era el hijo de su vejez, y le regaló una túnica bordada. Sus hermanos vieron que su padre lo amaba más que a todos sus otros hijos; lo odiaban por ello y eran incapaces de tratarle amistosamente (Gén 37,3-4). Conocemos la historia, pero es bueno releerla y volverla a contar. José un día «busca a sus hermanos», y ellos, celosos, deciden matarlo. Rubén lo salva al convencerlos de que no derramen sangre. «Cuando José se acercó a sus hermanos, le quitaron su túnica, la túnica bordada que llevaba» (Gén 37,23). Y lo echaron en un aljibe sin agua, y aprovechando la ausencia de Rubén, vendieron a José.

Vuelve Rubén al pozo, y he aquí que José no estaba en el pozo. El desgarró sus ropas, y volviendo donde sus hermanos les dijo: «El niño no aparece, y yo ¿qué hago ahora?». Entonces tomaron la túnica de José, y degollando un cabrito, tiñeron la túnica en sangre, y enviaron la túnica de manga larga, haciéndola llegar hasta su padre con este recado: «Esto hemos encontrado: examina si se trata de la túnica de tu hijo, o no». Él la examinó y dijo: «¿Es la túnica de mi hijo! ¡Algún animal feroz le ha devorado! ¡José ha sido despedazado!». Jacob desgarró su vestido, se echó un sayal a la cintura e hizo duelo por su hijo durante muchos días (Gén 37,29-34).

En esta historia, todos rasgan sus vestiduras, Rubén, Jacob, excepto José. Él, el primero de los antepasados de Cristo que traza un perfil tan claro del Mesías, es despojado de su túnica bordada. Pero no está rasgada.

Esta integridad conlleva una promesa. El tejido familiar se está desmoronando, pero esta túnica supone la reconstrucción de la unidad, la reconciliación final, el perdón inimaginable. La palabra fue desgarrada por los celos de los hermanos, porque ¿el amor

especial de Jacob por José menguaba su amor por sus otros hijos? ¿Debemos *medir* el amor («conocer»-lo como prometió la serpiente a Adán y Eva) para luego *juzgar la cantidad de amor* que exige la vida?

Los hermanos se miran en José y miden el amor, como si el amor singular del padre por ese hijo supusiera menos amor por ellos. Como si el amor fuera un *stock* que pudiera agotarse. Están equivocados sobre el amor: más amor conduce a más amor. Creen, mirándose a sí mismos en su hermano, que más amor conlleva menos amor. No saben qué significa la preferencia para Dios. Preferir es amar a cada ser con un amor único, no comparable al amor a otro ser.

Medir a la gente o la calidad de un ser humano (y *a fortiori* medir el amor) es, en la cultura bíblica, un pecado. Solo se puede medir el cadáver. En cuanto al pueblo, David conoce el precio por haber querido contabilizarlo (ver 2 Sam 24,9-17) y fue seriamente reprendido. También Jesús nació en Belén porque se ordenó un censo. Este censo, provocado por la desmesura de Herodes, hizo que el niño naciera en un corral. Este deseo de saber y controlar, dissociado del amor del hermano, provoca una duda: ¿Qué pasaría si no estuviéramos a la altura del amor del padre? ¿Y si me prefiriera a mi hermano? De esta duda surgen el resentimiento, la violencia y la vergüenza. Esta tiene una dimensión de autorrealización: la prueba de que no estoy a la altura es el pecado que acabo de cometer. Y una vez que está ahí, la vergüenza desencadena las faltas y los consecutivos desastres.

Conocemos el resto de la historia de José. El Faraón le saca de las mazmorras egipcias porque sabe interpretar los sueños. Después de interpretar el sueño de las vacas gordas y las vacas flacas, el Faraón lo nombrará consejero de palacio. Entonces, «el Faraón se quitó el anillo de sello de la mano y se lo puso a José, le vistió traje de lino fino y le puso el collar de oro en el cuello» (Gén 41,42). José es revestido como lo serán los sumos sacerdotes. Y he aquí el hombre que alimentará a sus hermanos y los salvará; él, el hermano que fue dado por muerto.

EL SUMO SACERDOTE Y SUS VESTIDURAS

En el libro del Éxodo encontramos de nuevo las túnicas bordadas. Ya habíamos encontrado pieles de animales. El texto se interesa tanto en la vestimenta de los sumos sacerdotes como en la «vestimenta» del Arca de la Alianza. Revela una interesante

oposición entre las túnicas de piel y las túnicas de lino. La tienda-templo está cubierta de pieles de animales y la túnica del sumo sacerdote está tejida de lino.

Tejerás la túnica con lino fino; harás también la tiara de lino fino, y la faja con brocado. Para los hijos de Aarón harás túnicas. Les harás también fajas y mitras que les den majestad y esplendor (Ex 28,39-40).

En la mañana de Kippur, los judíos leen el capítulo 16 del Levítico, que narra el rito del gran perdón. Ese día, Aarón «entrará en el santuario: vestirá la túnica sagrada de lino, se cubrirá con calzones de lino, se ceñirá una banda de lino y se cubrirá con la tiara de lino. Estas son las vestiduras sagradas» (Lev 16,4). En la tarde de Kippur, leen Lev 18,1-30 y la letanía sobre el incesto de la que hemos hablado anteriormente.

El libro de Ezequiel, más tarde, describe las prendas de lino de los sacerdotes que entran en el santuario.

Cuando entren por los pórticos del atrio interior, llevarán hábitos de lino; no irán vestidos de lana cuando oficien en los pórticos del atrio interior, y en la Casa. Llevarán en la cabeza turbantes de lino, y fajas de lino a los riñones; no se ceñirán nada que transpire el sudor. Cuando salgan al atrio exterior, donde el pueblo, se quitarán las vestiduras con que hayan oficiado, las dejarán en las salas del Santo, y se pondrán otras ropas, con el fin de no santificar al pueblo con sus vestiduras (Ez 44,17-19). Enseñarán a mi pueblo a distinguir lo sagrado de lo profano y le harán saber la diferencia entre lo puro y lo impuro (Ez 44,23).

Los vestidos de piel y los de lino no están en el mismo lugar. En el interior del santuario, traje de lino. En el exterior, vestido de piel. En lo oculto, secreto, no visible, el vestido de lino. A la vista de todos, de piel. Y el texto precisa que se trata de la distinción entre lo puro y lo impuro.

Mary Douglas, en su libro *Pureza y peligro*, explica que un animal es impuro si no se ajusta a lo que se espera de él: por ejemplo, un animal de tierra debe tener patas, la serpiente no las tiene, por lo tanto, es impura. Un mamífero es vegetariano, el cerdo es omnívoro, así que es impuro¹... «Lo sucio es lo que no está en su lugar»², dice también Freud. En el templo, el espacio de Dios, no hay lugar para una túnica de piel porque no hay lugar para la vergüenza. El templo, espacio de Dios, es lugar de la inocencia, de la túnica de lino.

En el Levítico se relata un episodio bastante trágico, mostrando que no es trivial presentarse ante Dios. Dos de los hijos de Aarón, al parecer, no lo tomaron en serio y murieron.

Nadab y Abihú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, pusieron fuego en ellos y, tras echar incienso encima, ofrecieron ante Yahveh un fuego profano, que Él no les había mandado. Entonces salió

de la presencia de Yahveh un fuego que los devoró, y murieron delante de Yahveh (Lev 10,1-2).

Para interpretar este episodio, hay rabinos que proponen releer el libro del Éxodo.

Dijo a Moisés: «Sube donde Yahveh, tú, con Aarón, Nadab y Abihú, y con setenta de los ancianos de Israel; os postraréis desde lejos. Solo Moisés se acercará a Yahveh; ellos no se acercarán. Tampoco el pueblo subirá con ellos». Moisés subió con Aarón, Nadab y Abihú y setenta de los ancianos de Israel, y vieron al Dios de Israel. Bajo sus pies había como un pavimento de zafiro tan puro como el mismo cielo. No extendió él su mano contra los notables de Israel, que vieron a Dios, comieron y bebieron (Ex 24,1-2; 9-11).

El Midrash señala el contraste entre la conducta de Moisés que se cubre el rostro ante Dios y el de Nadab y Abihú que «vieron al Dios de Israel» y «contemplan a Dios». Incluso en el sanctasanctorum, el sumo sacerdote quema el incienso por encima del propiciatorio (*kapporeth*) para mantener un velo entre Dios y el hombre. Por el contrario, Nadab y Abihú no se postraron, no se mantuvieron a distancia, no se cubrieron el rostro. ¿Acaso sucumbieron al deseo de la vista? Y, una vez muertos, los llevaron fuera del santuario «con sus propias túnicas», especifica el Levítico (10,5), mientras que los vestidos de lino, propios del sumo sacerdote no pueden abandonar el santuario. Es decir, el sacrificio irregular que presentaron, ¿lo era porque no estaban preparados, porque presuntuosamente no se habían revestido con las túnicas de lino destinadas a los sacerdotes, porque no vivían la inocencia original en la que Dios quiere que vivamos?

TAMAR

La tercera túnica bordada que encontramos en la Biblia es la de una joven mujer llamada Tamar, hermana de Absalón, hijo de David. Ella lleva el nombre de su antepasada Tamar, y es antepasada de Jesús por haber concebido a la fuerza un hijo de Judas (Gén 38,1-30). Así Tamar, la matriarca, fiel a su Dios, se encuentra en la genealogía de Jesús (Mt 1,3).

Amnón, otro hijo de David, está enamorado de Tamar, su hermanastra, y con la ayuda de su amigo Yonadab, sobrino de David, se prepara para violarla. Se hace pasar por enfermo, le pide a David que Tamar le traiga la comida, hace que todos salgan y salta sobre ella. Ella protesta porque es una infamia acostarse con su hermana (ver Dt 27,22). Luego, una vez violada, comienza a odiarla y quiere rechazarla, lo que es una doble infamia. Ella protesta enérgicamente.

Después Amnón la aborreció con tan gran aborrecimiento que fue mayor su aborrecimiento que el amor

con que la había amado. Y le dijo Amnón: «Levántate y vete». Ella le dijo: «No, hermano mío, por favor, porque si me echas, este segundo mal es peor que el que me hiciste primero». Pero él no quiso escucharla. Llamó al criado que le servía y le dijo: «Échame a esta fuera y cierra la puerta tras ella». (Vestía ella una túnica con mangas, porque así vestían antes las hijas del rey que eran vírgenes). Su criado la hizo salir y cerró la puerta tras ella. Tamar puso ceniza sobre su cabeza, rasgó la túnica de mangas que llevaba, puso sus manos sobre la cabeza y se iba gritando mientras caminaba. Su hermano Absalón le dijo: «¿Es que tu hermano Amnón ha estado contigo? Ahora calla, hermana mía; es tu hermano. No te preocupes de este asunto». Y Tamar quedó desolada en casa de su hermano Absalón (2 Sam 13,15-20).

De entrada, nadie hace nada, ni Absalón, ni David (que no quiere disgustar a su hijo Amnón). Pero dos años más tarde, Absalón se vengará matando a Amnón en una emboscada.

Vestida con una túnica de princesa, Tamar no conoce la vergüenza. Ella viste su túnica incluso después de la violación. Si esta violación hubiera sido «regularizada» por una relación oficial, es decir, por un compromiso, por una palabra, la soportaría sin vergüenza. Pero ella es expulsada («échame a esta fuera»). Solo cuando esta palabra de odio desgarró lo más íntimo de su vida, ella rasga su túnica. La auténtica violación son estas palabras, que la reducen (y la arruinan) al rango de una cortesana. Entonces, su túnica ya no puede proteger nada, ya no puede ocultar su vergüenza y tal vez lo que reivindica, gritando, desnuda, cubierta de polvo sea esa inocencia pisoteada...

¿Qué está rasgando, cuando desgarró su túnica preciosa? Es la única vez en la Biblia que se rasga una túnica así. Se ha hecho pedazos su lugar en el mundo y ella está de luto por ella misma. Como resultado de esta tragedia, ella desaparecerá. Solo dejará un rastro. Su hermano Absalón, quien la vengará, tendrá una hija que llevará su nombre: «Absalón tuvo tres hijos y una hija, llamada Tamar, una muchacha muy guapa» (2 Sam 14,27).

Creemos que la túnica de lino, tejida de una sola pieza «desde arriba», que Jesús deja a los suyos a la hora de su muerte, revestirá a todas las Tamar, a todos los que están derrotados, a todas las víctimas cuya desnudez ha sido expuesta a los ojos de los demás. Cubrirá a todos aquellos cuyo misterio, el secreto del ser, ha sido violado por la pasión de ver y conocer todo, y sea cual sea el nombre que se le dé, por el deseo de «conocer el bien y el mal». La túnica de Jesús recubre y salva definitivamente, en primer lugar, a todos estos y también a lo que ha sido violado en nosotros.

En el Antiguo Testamento, no es raro ver a hombres y mujeres desgarrándose la ropa porque una relación se rompe en pedazos en el duelo, en el dolor o en la vergüenza.

En el Nuevo Testamento el cielo se rompe, esa especie de techo de cristal, que ya no existe. Si tomamos el evangelio de Marcos, el verbo *schizô* solo se encuentra al comienzo del Evangelio (Mc 1,10: «y enseguida, mientras salía del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hasta él como paloma. Se oyó una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo amado, a quien yo quiero, mi predilecto”») y al final (Mc 15,37-38: «Jesús lanzando un fuerte grito, expiró, y el velo del santuario se rasgó en dos, de arriba abajo»).

Entre el desgarramiento del cielo y el del velo del templo, Jesús usa una imagen extraña: «Nadie cose un pedazo de tela intacta a una prenda vieja; de lo contrario, la nueva pieza tira de la prenda vieja y deja el roto peor» (Mc 2,21).

Sigamos la metáfora: si queremos añadir un pedazo de tela nueva a una prenda vieja, es porque ya está rota. Pero lo que Cristo no deja de decir en el Evangelio es que nuestro ser más profundo no está roto. El pecado tapa el fondo de nuestro ser, hecho a imagen y semejanza de Dios. Lo disimula. La vergüenza nos es insoportable, pero lo que somos para Dios, nuestra inocencia, a pesar de todo no desaparece. ¡Es el vestido nuevo, siempre nuevo!

La túnica de piel está rasgada. El cordero de Dios está quebrado. El cielo está rasgado. El Verbo está desgarrado. Dios mismo está roto en la Cruz, pero el amor de Dios permanece intacto, no muere con la muerte. Sostiene nuestras vidas. Siempre nuevo, no tiene necesidad de coser ningún manto. Él es el lienzo amoroso de nuestras vidas.

EL PADRE PRÓDIGO

Queda una última túnica preciosa: la que regala el padre pródigo del Evangelio de Lucas. Conocemos la historia. El hijo se fue con su parte de la herencia (que rara vez sucede mientras vive el padre) y, arrepentido, regresa, aceptando de antemano ser solo un sirviente entre los sirvientes. Pero su padre, que estaba esperando su regreso, le abraza, no le deja terminar la frase y organiza una fiesta:

Pero el padre dijo a sus siervos: «Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado». Y comenzaron la fiesta (Lc 15,22-24).

El vestido más hermoso y un ternero cebado, he ahí el regalo del padre a su hijo recién recuperado. El vestido más hermoso y un ternero cebado... para anunciar el regreso (¿el nacimiento?) y la salvación de un hijo. Los celos del hermano mayor nos recuerdan la historia de José: ¿por qué la alegría del padre le priva de algo al otro hijo? El Dios cuyo rostro revela Jesucristo es como ese Padre cuyas entrañas se estremecen cuando ve regresar a su hijo.

En el libro del profeta Zacarías, se menciona a un hombre llamado Josué, sumo sacerdote, que se presenta ante el ángel del Señor, mientras que Satanás, el acusador, está allí para acusarlo. El texto narra, Josué «estaba vestido con un traje sucio». El ángel del Señor toma la palabra y dice: “Quítate el traje sucio. Luego se vuelve hacia Josué y le dice: «Mira, aparto de ti la culpa y te visto de fiesta» (Zac 3,1-4). Esto es lo que hace el padre pródigo. Esto es lo que nuestro Padre hace con cada uno de nosotros.

Cada ser humano, desde el más culpable hasta el más santo, es esperado por el Padre como hijo único, como hija única. Es lo que Juan Crisóstomo escribe bellamente, comentando la parábola de la oveja perdida.

Si me doy cuenta de que alguno de vosotros falta en el rebaño me rompo de dolor [...]. No me digas que solo es un hermano el que se ha perdido y piensa que es un hermano, un ser vivo amado por Dios. Por Él se hacen muchas cosas, la sangre preciosa se ha derramado y se ha pagado un alto precio, el cielo se ha desplegado para Él y el sol ha brillado, la luna corre, las estrellas resplandecen, el aire se ensancha, la mar se extiende y la tierra se establece; por Él las fuentes manan, los ríos corren y las montañas se consolidan, para Él crecen los prados y las huertas, para Él los granos y las plantas, para Él la Ley, para Él los profetas y los apóstoles, por Él se hacen muchos milagros. ¿Para qué hablar de todo esto? Por Él y para Él, el Hijo único de Dios se ha hecho hombre, y hecho hombre se ha inmolido. ¡Toma conciencia de la preocupación que tiene Dios por la salvación de los humanos y no desprecies a ningún hombre!³.

La túnica engalanada, multicolor, el traje más hermoso con el que el padre sueña a su hijo perdido y encontrado es la túnica de Cristo, la que nos deja el Hijo único. Así pues, la túnica con la que el padre pródigo reviste al hijo perdido y encontrado es la túnica dejada por Jesús crucificado, que no solo tapa la vergüenza, sino que la borra, la disuelve, para que quede solo nuestra inocencia, tejida en el amor de Dios desde la creación del mundo, amada por Dios, preservada por Él, sea lo que sea lo que nos haya sucedido.

Mary DOUGLAS, *De la souillure, études sur la notion de pollution et de tabou*, Éd. La découverte, Paris 1973. (Trad. esp.: *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Siglo XXI, Madrid 1973).

Sigmund FREUD, «Caractère et érotisme anal» (1908), *Nevrose, psychose et perversion*, PUF, Paris 1973.

JUAN CRISÓSTOMO, *Nuevas Homilías*, 10, 1 (PG 63, 517-518), traducción inédita de Guillaume Baudy para la versión francesa de *Magnificat*, abril 2015, p. 311.

7 REVESTIDOS DE CRISTO

LA TÚNICA SIN COSTURAS DE CRISTO

Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, con los que hicieron cuatro lotes, un lote para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo. Por eso se dijeron: «No la rompamos; sino echemos a suertes a ver a quién le toca». Para que se cumpliera la Escritura: Se han repartido mis vestidos, han echado a suertes mi túnica. Y esto es lo que hicieron los soldados (Jn 19,23-24).

Estamos por fin ante esta túnica cuyo primer rastro se remonta al Génesis. El evangelista Juan la califica cuatro veces: sin costuras, tejida de una pieza de arriba abajo, no dividida pero echada a suerte. Tantos detalles sobre una túnica señalan su importancia.

Esta túnica está tejida de una sola pieza porque Cristo está totalmente unido a su Padre y también a nosotros. No podemos encontrar nuestra unidad, entre nosotros y en nosotros mismos, sino en Él. Él es el nombre de nuestra unidad interna, el nombre del vínculo que nos une, y no cesa de orar al Padre para que esta unidad sea reconocida, recibida, dada.

Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí (Jn 17,22-23).

Porque Jesús no se reserva nada, porque lo da todo, la túnica sin costura se extiende a toda la humanidad, que en Él recupera su unidad. Creemos que no se trata solo de la unidad de la Iglesia, sino de la unidad del género humano y de todo el universo; de la unidad del ser humano, consigo mismo, con sus semejantes y con toda la creación. La túnica es la metáfora de esa unidad gloriosa que Cristo nos deja una vez que todo se ha cumplido.

Esta túnica es sin costuras, *arraphos*. Adán y Eva se habían cosido hojas de higuera (Gén 3,7). Job se había cosido un saco sobre la piel (Job 16,15). Pero la túnica de Cristo no puede ser rasgada, porque la imagen y la semejanza que Dios ha inscrito en nosotros son indestructibles, intocables. Como la gran mayoría de los pensadores cristianos,

Orígenes defiende esta imagen de Dios en nosotros: «Si eres misericordioso como tu Padre celestial es misericordioso, sin duda, la imagen de lo celestial está en ti»¹.

La túnica sin costura es la metáfora de la misericordia de Dios que viene a cubrir lo que ocultaba nuestra inocencia. Ella se hace una con el fondo de nuestro ser. Restaura nuestra semejanza original con Dios. Es la piel más profunda de nuestro ser, sin ruptura y sin desgarrar, a pesar de todos los males del mundo, intacta, aunque esté recubierta de desechos. Ella es la verdad de nuestro ser dada por Cristo: con Él, el acusador está definitivamente perdido. Él nos deja esta túnica para significar que nada, jamás, destruirá su imagen, pues somos templo de Dios, Arca de la Alianza. «Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo imagen de su propio ser» (Sab 2,23).

La túnica está tejida desde arriba. Es el Padre quien nos la da. La unidad que Cristo desea para nosotros, y que nos permite construirla (porque él cree que somos capaces de hacerlo), tiene su origen en la relación que lo une al Padre y también viene de arriba. Es un don de Dios. Nacer de nuevo, de lo alto, como Jesús le pidió a Nicodemo, es también vivir de esta unidad. La túnica que nos deja el Hijo es el recubrimiento por parte del Padre misericordioso, de todo lo que ha velado nuestro parecido con el Hijo. Es nuestra victoria.

No forma parte del lote atribuido a los soldados. Echada a suerte, no sabemos a quién le tocó, porque nos corresponde a cada uno de nosotros. La túnica sin costura de Jesús restablece el vestido cosido de Adán y reviste a Job una vez por todas, para que su piel recupere su brillo original. La túnica de Jesús cubre a todas las Tamar violadas, a todos los Noé desnudados y a todos los Job enfermos. Cubre a todos los jóvenes que huyen desnudos de desesperación ante la muerte de su Señor. Viste a Pedro, y a cada uno de nosotros, para que nos presentemos gloriosos ante nuestro Dios. Es nuestro vestido de boda, nuestro vestido inmaculado de boda.

Jesús nos deja su túnica a la hora de su muerte y no en su resurrección. En el Evangelio de Juan, cuando todo está cumplido, Cristo ya es victorioso. Es la victoria del amor y de la misericordia y cuando la misericordia ha podido cumplirse plenamente, la muerte ya no tiene el poder de dañar. Entonces, Jesús, el Señor, se duerme, y la tradición nos dice que visita el infierno para buscar a cada uno de los que le han estado esperando desde el comienzo del mundo. Seguramente, en las profundidades del infierno, ofrece a cada uno su túnica, para que todos, sin excepción, puedan presentarse ante el Padre,

santos e inmaculados en su presencia.

ESTAR PREPARADO PARA LA BODA

Un rey invita a sus amigos a la boda de su hijo. Pero no vienen y la decepción del rey es inmensa. Entonces convida a todos los que están en los alrededores, los pobres, la gente sencilla, los que van de paso, los que anda por allí. Cuando va a encontrarse con los invitados se lleva una gran sorpresa:

Entró el rey a ver a los comensales, y al notar que había allí uno que no tenía traje de boda, le dice: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?». Él se quedó callado. Entonces el rey dijo a los sirvientes: «Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes». Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos (Mt 22,11-14).

Esta parábola no es fácil: ¿cómo es posible que un invitado sea expulsado así? Los exégetas explican que en la entrada había ropas de boda para que todos estuvieran bien vestidos. El que no la viste, no ha entrado por la puerta. Además, los Padres de la Iglesia han visto en este hombre sin ropa de boda al acusador que entra en una fiesta a la que no está invitado. Este acusador, *satán*, también es la serpiente de Génesis, la que pervirtió la palabra. Por eso no es de extrañar que se quede callado en la celebración de la boda. Gregorio Magno comenta: «A la caridad con razón se le llama túnica nupcial, ya que nuestro Creador se ha vestido con ella cuando llegó a la boda, donde se desposó con la Iglesia»². El satán, el acusador, no estaba revestido de caridad, de lo contrario sería «nacido de Dios». No es «cualquiera», sino un poder fascinante que nos desvía de nosotros mismos.

No sé qué es lo peor: ¿no llevar ropa de boda o permanecer mudo? Sin duda, van de la mano. Solo hay una prenda de boda, con la que Cristo nos viste. Su túnica, dada a nosotros, es la metáfora de que esta prenda nos devuelve nuestra inocencia original. Al hacerlo, Cristo, por su pasión y resurrección, porque lleva sobre sus hombros la total condenación, cubre toda culpa y nos restaura en nuestra integridad. Esta integridad es a la vez carne y palabra, verbo hecho carne, encarnación. Si nuestra inocencia ha sido tejida por el amor del Creador por su criatura, ha nacido de su palabra: «Hagamos al hombre a nuestra imagen». Si Dios es la Palabra, no se puede ser mudo. Solo la nada es muda. La misericordia de Dios, al cubrir lo que pervierte nuestra palabra, la restituye. Solo el acusador es mudo. Y es expulsado.

ESOS QUE ESTÁN VESTIDOS CON VESTIDURAS BLANCAS, ¿QUIÉNES SON?

Uno de los ancianos se dirigió a mí y me preguntó: «Esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde vienen?». Y le respondí: «Señor mío, tú lo sabes». Él me contestó: «Esos son los que han salido de la gran persecución; han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero, por eso están ante el trono de Dios, sirviéndole noche y día en su santuario; el que está sentado en el trono habitará con ellos; no pasarán más hambre ni más sed, ni el sol ni el calor sofocante pesarán sobre ellos; pues el Cordero que está ante el trono será su pastor y los conducirá a fuentes de agua viva, y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos». Y cuando el Cordero abrió el séptimo sello, hubo silencio en el cielo alrededor de media hora... (Ap 7,13-8,1).

Apocalipsis, etimológicamente, significa revelación, desvelamiento. El velo del templo se rasgó con la muerte de Jesús. Llevamos su túnica. Todas nuestras faltas están selladas, arrojadas a la nada. El acusador ha perdido. El jardín del Edén se ha transformado en una ciudad, en medio de la cual se alza el árbol de la vida, el último prisionero bíblico en ser liberado (¿la cruz que besamos el Viernes Santo?), accesible para todos. Ya no hay un árbol del conocimiento del bien y del mal, ni túnica de pieles, solo vestidos blancos. El ser humano es el sanctasanctórum, en quien Dios ha puesto su morada. El ser humano donde mora la Trinidad. Esta ciudad está hecha de nuestras obras, las que se han mantenido después de pasar por el fuego. Pero este juicio no nos pertenece. La contemplación del crucificado ha curado nuestros ojos de la concupiscencia. Al elegir estar del lado de los culpables, entre dos pobres hombres, desactivó todas las acusaciones. Al colocarse en el lugar de la serpiente de bronce levantada por Moisés (Núm 21,9), en el lugar de la serpiente acusadora, en el lugar del pecado, ha inhabilitado el poder del pecado. «El acusador de nuestros hermanos ha sido derribado, el que los acusaba día y noche ante nuestro Dios» (Ap 12,10).

Recuerdo una tarde en Lourdes, donde, después de escuchar confidencias especialmente duras, observé a las personas que caminaban en procesión. Y empecé a pensar en tantos hombres y mujeres encarcelados, en todas esas multitudes que soportan vidas tan complicadas y que sin embargo avanzan. Pensé entonces en este pasaje del Apocalipsis:

Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos (Ap 7,9).

Ante la pregunta: «¿Quiénes son y de dónde vienen?» He tenido la certeza de escuchar la respuesta del anciano del Apocalipsis:

Esos son los que han salido de la gran persecución; han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero, por eso están ante el trono de Dios, sirviéndole noche y día en su santuario.

Sí, creemos que la túnica de Cristo los ha revestido, y que con Él han logrado una victoria no solo futura, sino que ya transfigura su existencia. Ellos pueden gritar de alegría con Isaías y nosotros con ellos, porque todos somos del mismo pueblo:

Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo, como novio que se pone la corona o novia que se adorna con sus joyas (Is 61,10).

Aunque el Apocalipsis sea una revelación, un desvelamiento, no tendría sentido plantearlo como una transparencia generalizada. Incluso teniendo los rostros radiantes como el de Moisés, se mantiene la singularidad de cada cual. El secreto de su vida con su Dios, su profundidad y sus meandros, lo que ha modelado sus arrugas y el tono de su voz, sigue siendo un secreto entre él y su Señor.

El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias: al vencedor le daré maná escondido; y le daré también una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe (Ap 2,17).

«ESTÁIS REVESTIDOS DE CRISTO»

La misericordia de Dios había comenzado en el gesto creador, en el querer que su criatura fuera hecha a su imagen y semejanza. El genio del autor bíblico, su inspiración, fue reconocer desde el principio el rostro de Dios en el hombre y en la mujer. La misericordia divina se desplegó en su decisión constante de cubrir la vergüenza del hombre que había fallado a Dios. Hay que decirlo con firmeza: el pecado no le interesa a Dios. Lo que le interesa eres tú, soy yo. Lo que Él quiere es que nos volvamos hacia Él, busquemos su rostro, caminemos con Él. Todo lo que nos impide estar con Dios es sufrimiento. Entonces cubre a Adán y a Eva con la piel de un animal que es ya la piel del Cordero de Dios, para que puedan vivir, y volver a entrar en contacto entre sí, hablarse, continuar la conversación con su Dios, sin vergüenza. Dios no puede soportar que el hombre y la mujer se avergüencen. Él no quiere que eso roa nuestra fuerza y nos haga más pequeños de lo que somos; quiere para nosotros generosidad, grandeza, vida plena. Quiere para nosotros la alegría completa y, por ello, cubre la vergüenza que impide la felicidad. Toda la Biblia insiste en esto: el lento aprendizaje del ser humano para descubrir que Dios solo quiere su compañía. Una compañía más discreta que un viento

ligero y una «voz silenciosa».

No acabamos de aprender esto. Siempre nos sentimos tentados de descubrir la desnudez de alguien, como hizo el hijo de Noé, de tener celos del otro como si se midiera el amor, de acusar a un tercero. Y *también* estamos tentados de acusarnos sin cesar. Pero Dios está constantemente tratando de hacerse entender: «Lo que hiciste no es terrible. Repáralo, si puedes, pero, sobre todo, más que nada, no mires tu culpa, sino mírame a mí. Solo eso cuenta». La Biblia narra la historia de aquellos que no entendieron esto y la historia de los que lo han comprendido. Moisés, que mató a un hombre en su juventud, descubrió a pesar de todo la inmensidad de la confianza de Dios en él y en su pueblo. Job fue reconfortado en su clamor constante a Dios para reclamar su inocencia. El hijo del padre pródigo encontró el recuerdo de la inmensa bondad de su padre y, arraigado en ese amor, tuvo el coraje para volver a él.

El atento lector que es Philippe Lefebvre encuentra esta misma actitud en muchos personajes secundarios, en hombres y mujeres entregados, sin ruido, a su Señor³. Cada uno de ellos, a su manera, se ha revestido de Cristo. Si creemos que Cristo está en el centro de la historia y que los efectos de su resurrección son desde siempre y para siempre, cada uno de ellos, a su manera, ha sido un hombre o una mujer de fe. Pablo, como los Padres de la Iglesia, está acostumbrado a una lectura de este tipo:

Porque no quiero que olvidéis, hermanos, que nuestros antepasados estuvieron todos bajo la nube, que todos atravesaron el mar y que, en la nube y en el mar, todos recibieron un bautismo que los vinculaba a Moisés. Todos también comieron el mismo alimento profético y todos bebieron la misma bebida profética, porque bebían de la roca profética que los acompañaba, roca que representaba al Mesías (1 Cor 9,27;10,1-4).

Así como todos bebieron de la roca que era Cristo, me gusta creer que todos estaban revestidos con la túnica de Cristo, incluidos los que lo precedieron. La misericordia de Dios, en Jesucristo, se ha manifestado definitivamente. La Bula con la que el papa Francisco convocaba el Jubileo de la Misericordia comienza con estas palabras: «Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre»⁴. Se ha identificado con Adán, con Adán culpable. Ha sido identificado con los pecadores, muriendo como culpable entre dos culpables. Se ha revestido con nuestra piel para darnos la suya. Por su desnudez, ha destruido la vergüenza y ha hecho que nuestra desnudez sea bella e inmaculada. «Cuando recibas la resurrección y te revistas de inmortalidad y de incorruptibilidad, no necesitarás esa vestimenta», escribe otro padre de la Iglesia, Teodoro de Mopsuestia⁵. La

túnica ofrecida por el Señor absorbe todo lo que es mortal, todo lo que es vano. Orígenes comenta el rito de la vestidura blanca del bautismo, y la llama «la vestidura de incorrupción», lo que significa que «nunca aparezca tu vergüenza y que lo mortal sea absorbido por la vida»⁶. La túnica que Jesucristo nos deja solo recubre el nombre secreto que Dios nos ha dado, esa manera insustituible y singular de vivir y de amar que hace que ninguna vida sea vana. Revestirse de Cristo es vivir en esta confianza. Es vivir de la resurrección que actúa ya.

Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él. No os mintáis unos a otros. Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos (Col 3,1-4,9-11).

Así que no hay ni judíos, ni griegos, ni macro-creyentes, ni mini-creyentes, ni negros, ni amarillos, ni blancos, ni viejos, ni jóvenes, ni mujeres, ni hombres, ni banqueros, ni zapateros, ni ruines, ni bailarines, ni informáticos «porque todos sois uno en Cristo Jesús. Pues si pertenecéis a Cristo, entonces sois descendientes de Abrahán, heredero según la promesa» (Gál 3,28-29). Desde el norte de África, Optato de Milevi escribe un hermoso canto a la túnica del bautismo, otro aspecto de la túnica de Cristo:

El mismo Hijo de Dios, el Cristo, es el novio, la vestidura y la túnica del bautismo. [...] Oh, túnica siempre una e inmutable que viste adecuadamente a hombres de todas las edades y tamaños, que se adecua tanto a niños como a jóvenes, que no cambia de forma para las mujeres⁷.

Revestirse de Cristo es hacer de él nuestra capucha, decía el Maestro Eckhart. Si Él nos cubre, cualquier cosa que nos suceda no nos afecta directamente, pues le ha tocado a Él en primer lugar. Todo pasa a través de Él. Se trata de estar envuelto en Dios, de modo que Él sea el primero afectado por lo que nos toca.

El hombre totalmente despojado de sí mismo y de todo lo que es suyo estaría, en verdad, totalmente enraizado en Dios: si quisiéramos tocarlo, primero tendríamos que tocar a Dios. Puesto que está absolutamente en Dios y Dios lo envuelve como mi capucha recubre mi cabeza, y quien quisiera atraparme debería primero tocar mi túnica. [...] Por muy grande que sea el sufrimiento, desde el momento que pasa por Dios, es Dios quien lo soporta primero.

En verdad, cuanto más somos nosotros mismos, menos somos. Un hombre que ha salido de sí mismo nunca puede perder a Dios o sentirse separado de Él, haga lo que haga. Si alguna vez un hombre o una mujer falla o peca de palabra o comete cualquier

falta, Dios, que desde el comienzo ha tomado parte, necesariamente, se hace cargo del daño. ¡En cuanto a ti, guárdate de abandonar tu tarea! [...] Pues todo aprovecha a quien es bueno, según san Pablo. Y Agustín añade: «incluso el pecado»⁸.

ORÍGENES, *Homélie sur les psaumes 36 à 38*, Éd. du Cerf, Paris 1995, p. 373.

GREGORIO MAGNO, *Homélie sur l'Évangile 38, 9*, liv. II, Éd. du Cerf, Paris 2008, p. 471 (Trad. esp.: *Homilías sobre los Evangelios*, Rialp, Madrid 2000).

Philippe LEFEBVRE, *Brèves rencontres, vies minuscules de la Bible*, Éd. du Cerf, Paris, 2015.

FRANCISCO, *Misericordiae Vultus, Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia*.

TEODORO DE MOPSUESTIA, *Homélie catéchétiques*, «Troisième Homélie sur le baptême», 26, *Studi e testi*, Biblioteca apostolica vaticana, 1949, p. 455.

ORÍGENES, *Homélie sur le Lévitique* (t. I), 6, 2, Éd. du Cerf, Paris 1981, p. 279.

OPTATO, *Traité contre les Donatistes*, 5, 10, t. II, Éd. du Cerf, Paris 1996, p. 157.

MAESTRO ECKHART, *Traité et sermons*, «Entretiens spirituels XII», GF, Paris, pp. 95-96.

8

LAS OBRAS DE MISERICORDIA

Cuando se ha vislumbrado esta misericordia, es imposible no intentar vivir de ella. «Hermanos tenéis abundancia de todo: la fe, la palabra, el conocimiento de Dios, el empeño para todo y de ese amor que os tenemos: ¡pues que sea también abundante vuestro don!» (2 Cor 8,7). No hay ética cristiana sin este primer vuelco, nacido del encuentro con la misericordia de Dios que puede penetrar lentamente en nosotros, gota a gota, o voltearnos como una tortilla. Las obras de misericordia son, ante todo, nuestra manera de agradecer a Dios sus dones; toda ética, toda moral cristiana no tiene otro fin que la acción de gracias, un enorme agradecimiento, una «eucaristía» (la etimología nos lo dice).

El joven del Evangelio de Marcos, vestido con una túnica blanca, nos muestra una dirección al anunciar la resurrección a las mujeres que llegaron a la tumba. La primera de las obras de misericordia es quizás anunciar la resurrección, la muerte de la muerte, la vida ofrecida a todos, por nuestras palabras y nuestros gestos.

Al tirar hasta el final del hilo que hemos seguido, quisiéramos resaltar tres aspectos para vivir de la misericordia de Dios, protegidos por la túnica del Hijo único que nos hace hijos únicos.

LA DISCRECIÓN

La discreción en la vida cristiana es una dimensión esencial de la misericordia. Poco tiene que ver con la transparencia reclamada por muchos. En la Biblia, el pecado es la acusación, es el descubrimiento de la desnudez del hombre. En el Evangelio, Jesús nunca hace preguntas a los que vienen a Él sino que los acoge como son, allí donde están. Si el pecado de Adán reside en el deseo de obtener el conocimiento del bien y del mal, mientras que Dios cierra los ojos ante la culpa, la discreción es una de las virtudes

principales para quien quiere vivir Evangelio. Esta se puede vivir de diferentes maneras.

En primer lugar, la discreción nos enseña a cerrar los ojos ante lo que no tenemos por qué conocer. No tenemos por qué juzgar la fe del otro, ni su esperanza, ni su amor. Los padres del desierto han advertido constantemente a los monjes contra este defecto. Por ejemplo, en la vida de María Egipciaca, el narrador Zósimo habla de su monasterio:

Todos tenían una regla y un mandamiento que cumplían estrictamente: ignorar lo que hace el vecino y cómo viven y ayunan los otros. [...] Nadie preguntaba al otro para saber cómo había cumplido el combate que *él* se había asignado⁹.

Más tarde el Maestro Eckhart insiste en la necesidad del secreto:

El soporte del amor está exclusivamente en la voluntad; a más voluntad, más amor. En cuanto a conocer quién tiene más, nadie entra en la conciencia de los demás; el secreto está escondido en nuestra alma, porque Dios también está escondido en lo más profundo de nuestra alma¹⁰.

La Biblia, y más tarde los primeros monjes, no se interesan principalmente por «los sanos», por los que eran «buenos» religiosos (tal vez porque no existen). Jesús lo dijo claramente: «Id mejor a aprender lo que significa *misericordia quiero, que no sacrificio*; porque no he venido a invitar a los justos sino a los pecadores» (Mt 9,13). La literatura del desierto se interesa por aquellos que no tienen éxito, por los que han sucumbido alguna vez o con frecuencia, y luego han regresado a Dios. Lo que mata la vida del creyente no es el pecado, sino la desesperación. La lección esencial del desierto, escribe la cisterciense Benedicta Ward, es que «somos absolutamente dependientes de la misericordia de Dios». Es esta misericordia la que hace al santo:

Se decía que Abba Macario era el más grande, «un dios en la tierra», pues, así como Dios protege el mundo, Abba Macario cubría las faltas, viéndolas como si no las viera y oyéndolas como si no las oyera¹¹.

Asimismo, la discreción es cerrar los ojos sobre uno mismo. No pregonar inútilmente la propia vida a los cuatro vientos. Significa guardar preciosamente el secreto que somos para Dios. Cuando el beato Jean-Joseph Lataste funda las hermanas dominicas de Betania (un instituto en el que conviven mujeres de «buena familia» y otras que han conocido la cárcel, la prostitución u otras dificultades), hace de la discreción un rasgo ineludible, ya que «Dios es el Dios del presente». Debemos dejar el pasado en su lugar. «Deja que los muertos entierren a los muertos» (Mt 8,22). Una hermana dominica de Betania explica con mucho acierto que «cuando contamos mucho, nos vaciamos, somos como una fuente que fluye en todas direcciones, como un desperdicio de todo el ser y,

así, nos debilitamos. La discreción produce el efecto contrario: nos ayuda a concentrar nuestro ser, a recogerlo». Si Cristo nos invita a orar al Padre en secreto, es porque nuestra «habitación» es el lugar secreto del corazón. «Tu habitación es el secreto de tu interior; tu habitación es tu conciencia»¹². Reflexionando sobre el espacio interior, Jean-Louis Chrétien comenta la invitación a la discreción de san Ambrosio:

Cuando abro la puerta de mi habitación para hablar y revelar mis pensamientos, debo cuidar de que al abrirla demasiado y demasiado rápido, no se me escape una palabra errónea que, al salir de mi interior y actuar en el mundo, no haga entrar en mí la culpa¹³.

Esta discreción de la propia vida nos invita a no sorprendernos de las dificultades de los demás, a no juzgarlos según la apariencia. Es una forma de desapego. Ayuda a la persona que trata de desprenderse no solo de sí misma, sino también de las imágenes de Dios que ha construido, de las formas de la vida espiritual y, también, del pecado, de la penitencia, de lo que se puede hacer, incluso por Dios.

EL DESAPEGO DE LAS OBRAS

El segundo aspecto se refiere al desprendimiento de las obras. El «desasimiento» del que habla mucho el Maestro Eckhart no es un tipo de esfuerzo «a pulso» para no probar nada. Por el contrario, es un movimiento muy sencillo: dejar que Dios juzgue nuestras vidas y no afanarnos por hacerlo en su lugar. El Evangelio no deja de recomendarlo. «Cuando das, deja que tu mano izquierda ignore lo que hace tu mano derecha» (Mt 6,3). También las epístolas de Juan: «Si nuestro corazón nos condena, Dios es más grande que nuestro corazón y lo sabe todo» (1 Jn 3,20).

Desde mi punto de vista, el pasaje más elocuente para comprender el desapego con respecto a las obras, incluidas las obras de misericordia, se encuentra en el capítulo 3 de Juan. Lo leo a menudo, pero lo he *entendido* hace poco como si fuera la primera vez.

Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. El que cree en Él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios. Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios (Jn 3,17-21).

Es un pasaje muy denso. Necesitamos toda una vida para creer solo la primera frase. «Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el

mundo se salve por Él». Luego se necesita una segunda vida para creer que lo siguiente también es verdad: «El que cree en Él, no es juzgado». Si hemos leído o escuchado los relatos de la pasión y la resurrección de Juan y de los otros evangelistas, podemos entender mejor esto: el modo de juzgar de Cristo es ponerse en el lugar de los condenados. El juicio de Dios consiste en que Cristo es juzgado por los hombres. Expuesto a la vista de todos, su muerte revela todos los poderes de muerte (el poder civil, el poder religioso, la cobardía, los celos, la codicia) que condujeron a su asesinato. Este es el verdadero juicio: el Hijo de Dios juzgado por el ser humano.

Entonces habrá una «separación», parecen indicar las siguientes líneas del texto. No habrá por un lado «el que comete el mal», y por el otro «el que comete el bien», interpretación debida a una lectura superficial. Sino que por un lado están los que no vienen a la luz porque temen que sus obras sean juzgadas como culpables, y los que hacen verdad y salen a la luz. El que tiene miedo no presenta sus obras ante Dios, porque ya las ha juzgado como malas, ¡pero en ninguna parte se dice que serán juzgadas como tales! Él se juzga a sí mismo. Se condena a sí mismo. Por el contrario, el que «vive en verdad» viene con todas sus obras a la luz. Con esto quiere decir que están ante Dios. Estas obras no se califican como buenas o malas, sino que están hechas ante Dios. Por lo tanto, la clasificación se realiza entre el que ya ha juzgado sus obras y no les ofrece la oportunidad de «ser ante Dios», y el que deja este juicio a Dios.

Se trata de ser simples servidores, ya que nuestras obras, en el fondo, no nos pertenecen, como un regalo ya no nos pertenece. Crecerán o no, darán fruto o no, pero lo único que se nos pide es no juzgar y presentarnos todos los días y quizás el último día, con todas nuestras obras ante Dios, sin miedo. Entonces, cuando se juzguen las obras, algunas serán apreciadas, y otras serán reconocidas como vanas. Pablo describe esto con la imagen del fuego, ofreciendo una precisión notable: si la obra se consume se perderá, pero el trabajador —tú y yo— se salvará «como a través del fuego». Incluso si nuestras obras son irrecuperables, estamos salvados, pues somos la casa de Dios, su templo.

Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo. Y si uno construye sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada cual quedará al descubierto; la manifestará el Día, que ha de revelarse por el fuego. Y la calidad de la obra de cada cual, la probará el fuego. Aquél, cuya obra, construida sobre el cimiento, resista, recibirá la recompensa. Mas aquél, cuya obra quede abrasada, sufrirá el daño. Él, no obstante, quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego. ¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (1 Cor 3,11-16).

No hemos de tener miedo por nuestras acciones. Dios se encarga de juzgar. Lo único que tenemos que hacer, es hacer lo que podamos. Como siervos inútiles, dice el Evangelio (Lc 17,5-10). Con alegría y entusiasmo, dice el Eclesiastés. Sí, lo que esté en tu mano hazlo, ¡haz todo lo que puedas!

Anda, come tu pan con alegría y bebe contento tu vino, porque Dios ya ha aceptado tus obras; lleva siempre vestidos blancos y no falte el perfume en tu cabeza, disfruta la vida con la mujer que amas [...]. Todo lo que esté a tu alcance hazlo con empeño, pues no se trabaja ni se planea, no hay conocer ni saber en el Abismo adonde te encaminas (Ecl 9,7-10).

LA ALEGRÍA

La última obra de la misericordia es la alegría. La alegría es fruto de la misericordia, pero también es una tarea, una obra que realizar, porque el mundo siempre es difícil y la alegría siempre es frágil. Se dice que santo Domingo pasaba sus días alegrándose con sus hermanos y sus noches llorando a los pies de su Dios.

La túnica que Cristo nos deja para cubrir nuestros extravíos y redescubrir nuestra primera inocencia es un vestido de alegría. Encontramos su promesa en el libro de Baruc, que anunció el regreso de todos los hijos de Israel, pero Cristo ha extendido esta promesa a toda la humanidad.

Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y de aflicción y vístete las alas perpetuas de la gloria que Dios te da, envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte en la cabeza la diadema de la gloria del Eterno; porque Dios mostrara tu esplendor a cuantos viven bajo el cielo. Dios dará un nombre para siempre «Paz en la Justicia, Gloria en la Piedad». Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura, mira hacia el oriente y contempla a tus hijos, reunidos de oriente y occidente a la voz del Santo, gozosos invocando a Dios. A pie se marcharon, conducidos por el enemigo, pero Dios te los traerá con gloria como llevados en carroza real. Porque [...] Dios guiará a Israel con alegría a la luz de su gloria, con su justicia y su misericordia (Bar 5).

Cristo nos da esta alegría en su pasión. Es discreta y profunda. En el Evangelio de Juan está incrustada como una joya en el corazón mismo del mandamiento de amor que Cristo deja a los suyos: «Os dejo dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado» (Jn 15,11).

Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado. Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado (Jn 15,10-12).

Esta alegría limpia los ojos de quien la vive. Sana el juicio apresurado y dilata la

existencia. Tal vez sea dada especialmente por el don de lágrimas y quizá se le da a quien ha llorado mucho, y a quien en el corazón de la amargura ha escuchado en sus entrañas la palabra que Dios nos dice: «No eres culpable». Este gozo nos es dado en el corazón de la pasión, cuando del costado de Cristo brota sangre y agua. El templo del Señor siempre ha sido descrito por los profetas como el lugar de un manantial de donde fluyen ríos de agua viva. Esta agua sana la desdicha, limpia en nosotros lo que no es Dios. Quien le mira ya no siente ni vergüenza ni miedo. Entonces, podemos ver como Dios ve.

Como conclusión, creo que es interesantes recordar la historia del monje Nono y de Pelagia, la bella amazona. El obispo de Antioquía reunió un día a ocho de sus hermanos obispos de la región para debatir una cuestión teológica. Y entre ellos estaba Nono, «el hombre de Dios», obispo del diácono Santiago, el narrador de la historia, traducida al latín por Eustoquio¹⁴. Mientras que Nono está hablando a sus hermanos, llega, sentada en un burro, la más célebre actriz de Antioquía, Pelagia:

Vestida elegantemente, con oro, perlas y piedras preciosas; incluso sus pies estaban cubiertos de oro y perlas. Llegaba acompañada de chicas y chicos con vestidos y adornos de oro. Su belleza era inmensa. Pasaron cerca de nosotros, llenando la atmósfera con música y dejando aromas de agradables perfumes. Cuando los obispos vieron a esta mujer con la cabeza descubierta y el cuerpo sin cubrir decorosamente, «no quedó nadie sin cubrirse la cara con su manto o su escapulario, para preservar su mirada de tan gran tentación». Pero el bienaventurado Nono «la miró durante largo rato con atención», incluso después de haber pasado, la siguió con la vista. Después les preguntó a sus hermanos obispos: «¿No habéis disfrutado al ver tanta belleza?». Ellos no respondieron. Como no respondían, metió la cabeza entre sus rodillas, reposándola sobre la Biblia que tenía en sus manos, y lloró de emoción. Suspirando profundamente preguntó de nuevo a sus hermanos: «¿No habéis disfrutado ante tanta belleza?». Y tampoco respondieron. «Verdaderamente yo he sentido un gran placer y su belleza me ha encantado. Mirad, Dios la recibirá ante el trono de su juicio y la juzgará por sus talentos, de la misma manera que juzgará nuestra vocación episcopal». Y prosiguió: «¿Cuánto tiempo, creéis hermanos, que esta mujer pasa en su habitación, preparándose para el teatro, para que no falte nada a su belleza ni a su cuerpo?; quiere agradar a todos los que la vean, para que los que la aman hoy no la encuentren fea y vuelvan mañana. ¡Y nosotros, con un padre todopoderoso en el cielo que nos ofrece dones celestes y recompensas! [...] Herederos de tales promesas, preparándonos para ver *el rostro glorioso de nuestro Prometido, cuya bondad sobrepasa toda comparación y a la que los querubines no osan mirar* (1 Pe 1,12), ¿por qué no nos detenemos y limpiamos el polvo de nuestra pobre alma? ¿Por qué nos dejamos llevar por tal negligencia?».

Después de este episodio, el obispo Nono regresa a casa con Santiago, su diácono y se tira al suelo y se golpea el pecho, diciendo: «Señor Jesucristo, sé que soy un indigno pecador, porque hoy las joyas de una prostituta han brillado más que los tesoros de mi

alma. ¿Cómo podré mirarte?». Y en oración, lamenta que habiendo prometido agradecer a Dios no sepa presentarse ante Dios como esta mujer sabe hacerlo ante sus espectadores en el teatro. La historia cuenta que más tarde Pelagia oye a Nono predicar y se convierte. Nono le recuerda que «según los cánones sagrados, una prostituta no puede ser bautizada a menos que tenga un padrino y una madrina que garanticen que no volverá a su antigua forma de vida». Pero ella insiste, con un vigor que merece ser relatado:

Os confesaré todos los pecados que he cometido; y purificaréis por el bautismo todos mis pecados y mis maldades. No podréis encontrar lugar entre los santos de Dios si no me liberáis de mis malos actos; si no me hacéis renacer como una novia de Cristo y no me presentáis a Dios, no seréis más que un apóstata y un idólatra¹⁵.

¿Cómo no encontrar aquí un eco de las recomendaciones del papa Francisco a los confesores?

Cada confesor deberá acoger a los fieles como el padre en la parábola del hijo pródigo: un padre que corre al encuentro del hijo no obstante hubiese dilapidado sus bienes. Los confesores están llamados a abrazar ese hijo arrepentido que vuelve a casa y a manifestar la alegría por haberlo encontrado. No se cansarán de salir al encuentro también del otro hijo que se quedó afuera, incapaz de alegrarse, para explicarle que su juicio severo es injusto y no tiene ningún sentido delante de la misericordia del Padre que no conoce confines. No harán preguntas impertinentes, sino como el padre de la parábola interrumpirán el discurso preparado por el hijo pródigo, porque serán capaces de percibir en el corazón de cada penitente la invocación de ayuda y la súplica de perdón¹⁶.

Benedicta WARD, «Vie au désert de Marie l'Égyptienne», § 5, *La Vie au désert de prostituées converties*, Éd. des Béatitudes, Paris 2004, p. 72.

MAESTRO ECKHART, *Traité et sermons*, «Entretiens spirituels X», p. 91.

MACARIO, *Sentences*, 32. En B. WARD (2004). Ob. cit., p. 150.

AMBROSIO DE MILÁN, «De l'instruction d'une vierge» I, 5, *Écrits sur la verginité*, Éd. de Minuit, Paris 2014, p. 52. (Trad. esp.: *Escritos sobre la virginidad*, Ciudad Nueva, Madrid 2011).

Jean-Louis CHRÉTIEN, *L'Espace intérieur*, Éd. de Minuit, Paris 2014, p. 52.

B. WARD, ob. cit., p. 113 ss.

Ibid., p. 121.

FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, *Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia*, n. 17.

PARA NO CONCLUIR

El secreto de Dios es su misericordia. Dios, a quien el mal no puede dañar (lo que la Biblia llama «la ira de Dios»), se deja dañar, desnudar, para devolvernos la inocencia. El primer pobre es nuestro Dios. La misericordia de Dios es generosa, alegre. No es la compasión del rico que se inclina hacia el pobre. Cristo se hace uno de nosotros para que por fin podamos creer que somos como Él. Carga sobre sí la semejanza para dejarnos la semejanza. ¿Acaso esto no supone un cambio total? Los Padres del desierto y los Padres de la Iglesia vieron este vuelco en la Biblia y supieron transmitirlo. Siguiendo su método, a partir de un poco de tela podemos seguir un hilo que nos lleva desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Dichosa lectura caminante, hecha para compartir y enriquecerse mutuamente.

La principal idea que hemos descubierto siguiendo este hilo es la oposición entre quien «descubre la desnudez» del otro, descubre su culpa, la juzga y la proclama, y el misericordioso que «cubre la desnudez» del otro, echa encima un velo o una prenda, no la juzga y la calla.

Puede ser que, en este silencio, la persona misericordiosa complete en su carne lo que queda por sufrir de los sufrimientos de Cristo. De este modo, sosteniendo la culpa del otro, soportándola en secreto, ocultándola, evita que otros carguen con este peso. Cristo, definitivamente, nos ha cubierto con su túnica ofrecida al mismo tiempo que perdonaba lo que tenía que perdonar. Solo Él soportó el peso y pagó el precio. La túnica sin costura de Cristo, ofrecida para siempre en el momento de su pasión, nos ha revestido definitivamente «de integridad y lino blanco». La túnica es Él.

Ningún amante, incluso en la cumbre de su pasión, se apasiona por su amada con el mismo ardor con el que Dios desea la salvación de nuestras almas. [...] A su llegada, cuando encontró a la novia descubierta y con un atuendo inapropiado, la envolvió con un vestido tan inmaculado, que no hay palabras ni pensamientos para describir dicho esplendor y gloria. *¿Cómo expresarlo? El vestido con el que nos ha cubierto es Él mismo*¹.

Hay que contarlo a quienes nunca han oído hablar de ello. Hay que decirlo a quienes se sienten indignos y no se atreven a creerlo. Ya no es tiempo de mirar nuestros errores, nuestras faltas o nuestros pecados. Cada uno sabe cuáles son. Es suficiente. La urgencia del momento, si confesamos a Cristo, es proclamar su misericordia.

Contempladlo y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se sonrojará (Sal 34, 6).

Ante Él, somos inocentes.

JUAN CRISÓSTOMO, *Trois catéchèses baptismales*, III, 2, Éd. du Cerf, Paris 1990, p. 217. (Trad. esp.: *Catequesis bautismales*, IV, 2, Ciudad Nueva, Madrid 1988).

COLECCIÓN ESPIRITUALIDAD

LIBROS PUBLICADOS

- ALBAR, L.: *Descenso a las profundidades de Dios.*
- ALEGRE, J.: *La luz del silencio, camino de tu paz.*
- ÁLVAREZ, E. y P.: *Te ruego que me dispenses.*
- AMEZCUA, C. y GARCÍA, S.: *Oír el silencio.*
- ANGELINI, G.: *Los frutos del Espíritu.*
- ASI, E.: *El rostro humano de Dios.*
- AVENDAÑO, J. M.^a: *Dios viene a nuestro encuentro.*
- *La fe es sencilla.*
- *La hermosura de lo pequeño.*
- BALLESTER, M.**: *Hijos del viento.*
- BEA, E.: *Maria Skobtsov. Madre espiritual y víctima del holocausto.*
- BEESING, M.^a y otros: *El eneagrama.*
- BIANCHI, G.: *Otra forma de vivir.*
- BOADA, J.: *Fijos los ojos en Jesús.*
- *Mi única nostalgia.*
- *Peregrino del silencio.*
- BOHIGUES, R.: *Una forma de estar en el mundo: Contemplación.*
- BOSCIONE, F.: *Los gestos de Jesús. La comunicación no verbal en los Evangelios.*
- BUCCELLATO, G.: *Tú eres importante para mí.*
- CÀNOPI, A. M.: *¿Has dicho esto por nosotros?*
- y Balsamo, B.: *Amor, susurro de una brisa suave.*
- CARAMORE, G.: *A Dios nunca lo ha visto nadie*
- CHÉNO, R.: *Al final del silencio.*
- CHENU, B.: *Los discípulos de Emaús.*
- CLÉMENT, O.: *Dios es simpatía.*
- *El rostro interior.*
- *Unidos en la oración.*
- CUCCI, G.: *El sabor de la vida. La dimensión corporal de la experiencia espiritual.*
- DANIEL-ANGE**: *La plenitud de todo: el amor.*
- DOMEK, J.: *Respuestas que liberan.*
- EIZAGUIRRE, J.**: *Una vida sobria, honrada y religiosa.*
- ESTRADÉ, M.: *Shalom Miriam.*
- FERDER, F.: *Palabras hechas amistad.*
- FERNÁNDEZ BARBERÁ, C.: *Fuente que mana y corre.*
- FERNÁNDEZ-PANIAGUA, J.: *Las Bienaventuranzas, una brújula para encontrar el norte.*
- *El lenguaje del amor.*
- FORTE, B.: *La vida como vocación.*
- FRANÇOIS, G. y PITAUD, B.: *El bello escándalo de la caridad. La misericordia según Madeleine Delbrél.*
- GAGO, J.L.: *Gracias, la última palabra.*
- GALILEA, S.: *Tentación y discernimiento.*
- *Fascinados por su fulgor.*
- GHIDELLI, C.: *Quien busca la sabiduría, la encuentra.*
- GÓMEZ, C. (ed.): *El compromiso que nace de la fe.*

GÓMEZ MOLLEDA, D.: *Amigos fuertes de Dios.*
 – *Cristianos en una sociedad laica.*
 – *Pedro Poveda, hombre de Dios.*
 – *Pedro Poveda y nosotros.*
 GRANDEZ, R. M.: *Tú eres mi canto, Jesús.*
 GRÜN, A.: *Buscar a Jesús en lo cotidiano.*
 – *Evangelio y psicología profunda.*
 – *La mitad de la vida como tarea espiritual.*
 – *La oración como encuentro.*
 – *La salud como tarea espiritual.*
 – *La vida no es solo para el fin de semana*
 – *Nuestras propias sombras.*
 – *Nuestro Dios cercano.*
 – *Si aceptas perdonarte, perdonarás.*
 – *Su amor sobre nosotros.*
 – *Una espiritualidad desde abajo.*
 GUTIÉRREZ, A.: *Citados para un encuentro.*
 HANNAN, P.: *Tú me sondeas.*
 HEYES, Z.: *En casa conmigo y con Dios.*
 IZUZQUIZA, D.: *Rincones de la ciudad.*
 JÄGER, W.: *Contemplación.*
 – *En busca del sentido de la vida.*
 – *Un camino espiritual.*
 JOHN DE TAIZÉ: *El Padrenuestro... un itinerario bíblico.*
 – *La novedad y el Espíritu.*
 JOSSUA, J. P.: *La condición del testigo.*
 JONQUIÈRES, G.: *Fitness espiritual.*
 KAUFMANN, C. y MARÍN, R.: *El amor tiene nombre.*
 LAFRANCE, J.: *Cuando oréis decid: Padre...*
 – *El poder de la oración.*
 – *En oración con María, la madre de Jesús.*
 – *El Rosario.*
 – *La oración del corazón.*
 – *Ora a tu Padre.*
 LECLERC DU SABLON, J.: *Vivir al estilo de Jesús.*
 LAMBERTENGHI, G.: *La oración, medicina del alma y del cuerpo.*
 LÉCU, A.: *Has cubierto mi desnudez.*
 LÉCU, A.; PONSOT, H. Y CANDIARD, A.: *Retiros en la ciudad.*
 LOEW, J.: *En la escuela de los grandes orantes.*
 LÓPEZ BAEZA, A.: *La oración, aventura apasionante.*
 LÓPEZ VILLANUEVA, M.: *La voz, el amigo y el fuego.*
 LOUF, A.: *A merced de su gracia.*
 – *El Espíritu ora en nosotros.*
 – *Mi vida en tus manos.*
 – *Escuela de contemplación.*
 LUTHE, H. y HICKEY, M.: *Dios nos quiere alegres.*
 MANCINI, C.: *Como un amigo habla a otro amigo.*

– *Escuchar entre las voces una.*
 – *Libres y alegres en el Señor.*
 MARIO DE CRISTO: *Dios habla en la soledad.*
 MARTÍN, F.: *Rezar hoy.*
 MARTÍN VELASCO, J.: *Testigos de la experiencia de la fe.*
 – *Vivir la fe a la intemperie.*
 MARTÍNEZ LOZANO, E.: *El gozo de ser persona.*
 – *¿Dios hoy?*
 – *Donde están las raíces.*
 – *Nuestra cara oculta. Integración de la sombra y unificación personal.*
 MARTÍNEZ MORENO, I.: *Guía para el camino espiritual.*
 MARTÍNEZ OCAÑA, E.: *Buscadores de felicidad.*
 – *Cuerpo espiritual.*
 – *Cuando la Palabra se hace cuerpo... en cuerpo de mujer.*
 – *Espiritualidad para un mundo en emergencia.*
 – *Te llevo en mis entrañas dibujada.*
 MARTINI, C. M.: *Cambiar el corazón.*
 – *La llamada de Jesús.*
 MATTIA EL MESKIN: *Consejos para la oración.*
 MERLOTTI, G.: *El aroma de Dios.*
 MOLLÁ LLÁCER, D. SJ: *De acompañante a acompañante.*
 MONARI, L.: *La libertad cristiana, don y tarea.*
 MONJE DE LA IGLESIA DE ORIENTE: *Amor sin límites.*
 MORENO DE BUENAFUENTE, A.: *A la mesa del Maestro.*
 – *Alcanzado por la misericordia.*
 – *Amor saca amor.*
 – *A pie por el Evangelio.*
 – *Buscando mis amores.*
 – *Como bálsamo en la herida.*
 – *Desiertos.*
 – *Eucaristía.*
 – *Habitados por la palabra.*
 – *Palabras entrañables.*
 – *Voy contigo. Acompañamiento.*
 – *Voz arrodillada.*
 MOROSI, E.: *¿Cuánto falta para que amanezca?*
 NEVES, A.: *La luz que nos ilumina.*
 OSORO, C.: *Cartas desde la fe.*
 – *Siguiendo las huellas de Pedro Poveda.*
 PACOT, S.: *Evangelizar lo profundo del corazón.*
 – *¡Vuelve a la vida!*
 PAGLIA, V.: *De la compasión al compromiso.*
 PEREZ PIÑERO, R.: *Nos mereció el amor.*
 PÉREZ PRIETO, V.: *Con cuerdas de ternura.*
 POVEDA, P.: *Amigos fuertes de Dios.*
 – *Vivir como los primeros cristianos.*
 RAGUIN, Y.: *Plenitud y vacío. El camino zen y Cristo.*

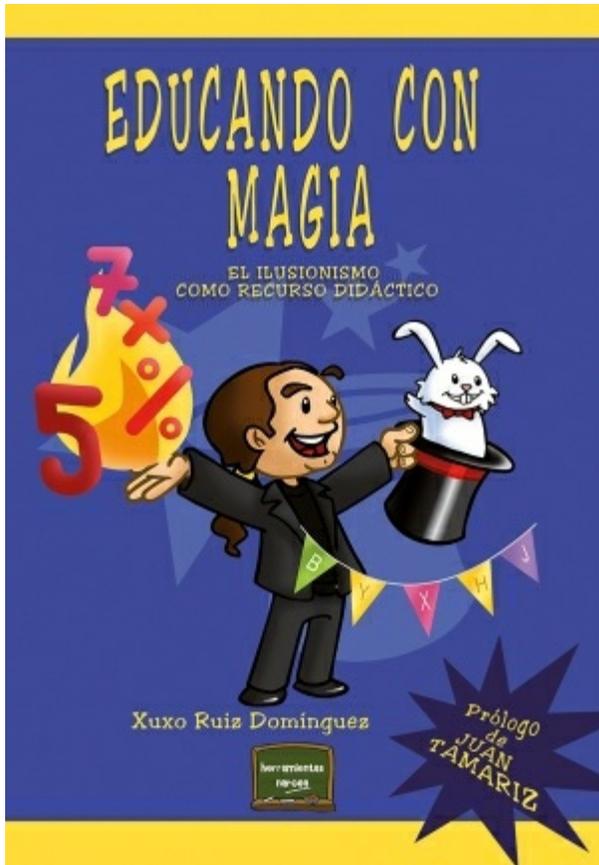
RAVASI, G.: *Epifanía de un misterio.*
RECONDO, J. M.: *La esperanza es un camino.*
RIDRUEJO, B. M.^a: *La llevaré al silencio.*
RODENAS, E.: *Thomas Merton, el hombre y su vida interior.*
RODRÍGUEZ MARADIAGA, O. A.: *Sin ética no hay desarrollo.*
RUPP, J.: *Dios compañero en la danza de la vida.*
SAINT-ARNAUD, J.-G.: *¿Dónde me quieres llevar, Señor?*
SAMMARTANO, N.: *Nosotros somos testigos.*
SAOÚT, Y.: *Fui extranjero y me acogiste.*
SCARAFFIA, L. (Ed.): *Las otras misericordias.*
SEGOVIA, M.^a J.: *La gracia de hoy.*
SEQUERI, P.A.: *Sacramentos, signos de gracia.*
SOLER, J. M.: *Kyrie. El rostro de Dios amor.*
STUTZ, P.: *Las raíces de mi vida.*
TEPEDINO, A. M.^a: *Las discípulas de Jesús.*
TOLENTINO, J.: *El hipopótamo de Dios.*
TOLÍN, A.: *De la montaña al llano.*
– *Seguirle por el camino con Simón Pedro.*
TRIVIÑO, M.^a V.: *La oración de intercesión.*
UN MONJE EN LA IGLESIA DE OCCIDENTE: *Amor sin límites.*
URBIETA, J. R.: *Treinta gotas de Evangelio.*
VAL, M.^a T.: *Orantes desde el amanecer.*
VALLEJO, V.: *Coaching y espiritualidad.*
VEGA, M.: *Contemplación y Psicología.*
VILAR, E.: *Dios te necesita para vivir en intimidad contigo.*
– *La misericordia de Dios sana.*
– *La oración de contemplación en la vida normal de un cristiano.*
WELCH, S.: *Conscientes y atentos.*
WIEDERKEHR, M.: *Las siete pausas sagradas.*
WOLF, N.: *Siete pilares para la felicidad.*
WONS, K.: *Sanar el corazón.*
ZUERCHER, S.: *La espiritualidad del eneagrama.*

CRÉDITOS

© NARCEA, S.A. DE EDICIONES
Paseo Imperial 53-55. 28005 Madrid. España
www.narceadediciones.es
© Éditions du Cerf. Paris. 2016
Título original: *Tu as couvert ma honte*
Traducción: Nerea Alzola Maiztegui y Charo Moreno Rodríguez
Imagen de la cubierta: IngImage

ISBN papel: 978-84-277-2664-2
ISBN ePdf: 978-84-277-2665-9
ISBN ePub: 978-84-277-2666-6

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.



Educando con magia

Ruiz Domínguez, Xuxo

9788427723191

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puede un maestro ser Mago? ¿Es la Magia un recurso educativo eficaz? Para dar respuesta a estas preguntas, el autor de este libro, maestro y mago, ha creado un método de motivación real para alumnos: la Magia Educativa. Un método útil no sólo para motivar, sino para explicar, mediar en conflictos, modificar conductas, aumentar la autoestima, etc. Leyendo estas páginas, el lector aprenderá nuevas técnicas, sorprendentes por su eficacia. Los casi 100 juegos explicados en este libro son fáciles de hacer, requieren tan sólo un mínimo de práctica y están descritos con un lenguaje claro y sencillo. Educando con Magia presenta recursos innovadores y mágicos que favorecen la actualización de los profesionales de la educación. Maestros, profesores, padres, monitores, animadores, cuentacuentos o magos que quieran impartir talleres para niños, encontrarán en él infinitas sugerencias para poner en práctica inmediatamente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Filosofía de la educación

Cuestiones de hoy y de siempre

María García Amilburu
Juan García Gutiérrez



© 2010 Narcea, S.A.

narcea UNED

Filosofía de la educación

García Gutiérrez, Juan

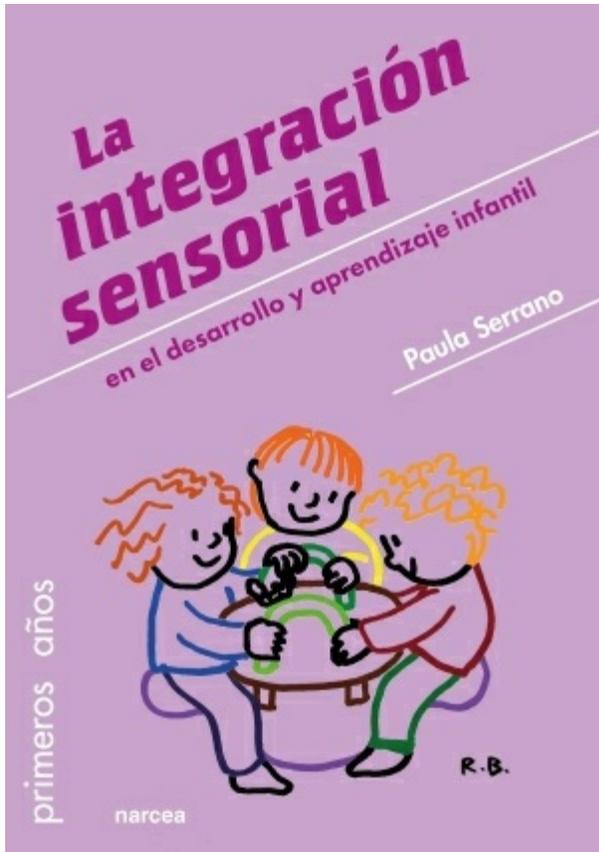
9788427723122

216 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta obra se enmarca en el ámbito de la Filosofía de la Educación y es de suma utilidad tanto para los universitarios que cursan estudios relacionados con la educación, como para los profesionales en ejercicio, pues los temas que se abordan son de permanente actualidad. En este libro se analiza el fenómeno educativo y se estudian las características de la perspectiva filosófica y de la Filosofía de la Educación como "aproximación filosófica al conocimiento de la educación" y como "disciplina académica". Se analizan las relaciones de este campo con otros saberes pedagógicos. A lo largo de sus páginas se estudia a los protagonistas de la educación, las relaciones que se establecen entre los agentes educativos y la naturaleza de las mismas, y las dificultades inherentes al reto de educar en sociedades democráticas y en "contextos des-educativos", como sucede en la actualidad. Se ofrece también un breve apunte de la Filosofía de la Educación desde la perspectiva histórica, así como las principales Sociedades, Congresos y Revistas científicas del área.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La integración sensorial

Serrano, Paula

9788427725843

168 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La integración sensorial es el proceso cerebral que organiza nuestras sensaciones y nos conduce a la organización e interpretación de la información que recibimos de los sentidos, haciendo posible que el mundo adquiera sentido y así poder actuar en él.

Cuando los niños tienen problemas al procesar sus sensaciones, presentan dificultades en las actividades cotidianas de coordinación motora, atención, aprendizaje, y en su desarrollo emocional y social.

El libro analiza el impacto que los sistemas sensoriales tienen en el desarrollo de los niños, desde el nacimiento y durante sus primeros años de vida. Ofrece pistas para detectar las posibles disfunciones, así como ideas prácticas y soluciones de intervención en la familia y en la escuela.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DISEÑO Y DESARROLLO CURRICULAR

MIGUEL A. ZABALZA



narcea

Diseño y desarrollo curricular

Zabalza, Miguel Ángel

9788427722798

312 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro, que está cuidadosamente pensado para los docentes, entiende la figura del profesor y su tarea como un compromiso tanto con lo educativo como con la técnica didáctica. La idea de un desarrollo curricular centrado en la escuela, ha sido el leitmotiv de la obra. El profesor no puede ya trabajar solo, desconectado de sus colegas. Aunque suponga esfuerzo organizativo, ideológico (y hasta económico), es preciso romper la inercia para construir una '*nueva escuela*'.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

EDUARDO F. BARBOSA y DÁCIO G. MOURA

PROYECTOS EDUCATIVOS Y SOCIALES

*Planificación, gestión,
seguimiento y evaluación*

educación hoy estudios

narcea



Proyectos educativos y sociales

Barbosa, Eduardo F.

9788427719750

232 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Los proyectos son una forma eficaz de convertir las ideas en resultados. En la actualidad, las actividades basadas en proyectos han cobrado gran importancia en el ámbito educativo y social, debido a las posibilidades que ofrecen los proyectos para obtener resultados que van más allá del ámbito de gestión de la rutina diaria. Este libro proporciona los conocimientos necesarios para la planificación, gestión, seguimiento y evaluación de proyectos. Además ofrece una serie de conceptos y métodos coherentes y organizados que facilitan su aplicación en diferentes contextos y niveles de trabajo. La secuencia de los capítulos sigue el ciclo de vida de un proyecto: iniciación, planificación, ejecución, control y cierre. El libro presenta capítulos específicos dedicados a temas tan importantes en la gestión de proyectos, como el seguimiento y la evaluación de proyectos, la enseñanza y el aprendizaje a través de proyectos y la capacitación de recursos humanos para la gestión de proyectos. Cada capítulo incluye además gran cantidad de ejemplos y ejercicios de revisión y profundización de los temas tratados. Está dirigido a docentes, estudiantes de grado y posgrado en las áreas de humanidades y ciencias sociales, investigadores, técnicos y coordinadores de proyectos educativos y sociales.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Introducción	6
AL PRINCIPIO	8
Vivir en Dios	8
Bendición	9
«Entonces se abrieron sus ojos»	10
«ME ENTRÓ MIEDO PORQUE ESTABA DESNUDO Y ME ESCONDÍ»	14
¿Desnudo o desnudado?	14
Vergüenza	16
Vergüenza y pudor	17
Vergüenza y conocimiento del bien y del mal: un pecado del espíritu	19
LAS TÚNICAS DE PIEL	25
Adán	25
Rebeca y Jacob	26
La morada de Dios	28
Elías	29
Juan el Bautista	30
¿CUBRIR o DESCUBRIR?	32
Noé	32
Palabras hebreas para decir misericordia y perdón	33
El significado del secreto: cubrir	36
PERSONAJES AL DESNUDO	41
Moisés	41
David: «Danzo por el Señor»	44
La novia del Cantar	46
La desnudez de Job	47
El joven desnudo y revestido de Marcos	49
Pedro se viste para zambullirse	50
LAS TÚNICAS PRECIOSAS	53
José	53
El Sumo Sacerdote y sus vestiduras	54
Tamar	56

La ropa rasgada	57
El Padre pródigo	58
REVESTIDOS DE CRISTO	60
La túnica sin costuras de Cristo	60
Estar preparado para la boda	62
Esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son?	63
«Estáis revestidos de Cristo»	64
Las obras de misericordia	68
La discreción	68
El desapego de las obras	70
La alegría	72
Para no concluir	75
COLECCIÓN ESPIRITUALIDAD	77
Créditos	81